

CAPÍTULO III

Nueva ciencia, carne única

Los libros contienen figuras de todas partes encuadradas en el contexto de la narración, del mismo modo que el cuerpo diseccionado se coloca, por así decirlo, ante los ojos de quienes estudian las obras de la naturaleza.

VESALIO, 1543

A lo largo de un abismo milenario que contempló la caída de Roma y el desarrollo del cristianismo, Galeno habló sin dificultades, en varias lenguas vernáculas, a artesanos y comerciantes, comadronas y cirujanos-barberos, de la Europa del Renacimiento y de la Reforma. Varias traducciones latinas, compendios e intermediarios árabes, transmitieron el cuerpo de sexo único desde la Antigüedad hasta la época de la imprenta. “La matrice de la femme”, escribe Guillaume Bouchet en un popurrí del saber de finales del siglo XVI, “n’est que la bourse et verge renversée de l’homme” (La matriz de la mujer no es sino el escroto y el pene del hombre invertidos). Un médico alemán de escasa reputación declaraba, “Wo du nun dise Mutter sampt iren anhengen besichtigst, So

vergleich sie sich mit allem dem Mannlichen glied, allein das diese ausserhalb das Weiblich aber inwendig ist" (Si se mira a lo largo el útero y sus apéndices, corresponde en todos sus aspectos al miembro masculino, excepto que el último es exterior y el primero interior). O como dice de forma prosaica el cirujano-jefe de Enrique VIII, "la semejanza de ello [la matriz] es tal como si se tratara de una verga del revés o girada hacia adentro". Todavía en el siglo XVI había, al igual que en la antigüedad clásica, un solo cuerpo canónico y era el del varón¹.

Las diversas lenguas vernáculas replicaron también en las nuevas voces el complejo lingüístico latino y griego de las conexiones entre órganos, a las que nuestros textos médicos otorgarían después nombres precisos y distintivos. *Bourse*, por ejemplo, es la palabra que emplea Bouchet para escroto, y se refiere no sólo a monedero o bolsa, sino también al lugar en que se reúnen comerciantes y banqueros. Como monedero, bolsa o saco, tiende un puente entre los cuerpos masculino y femenino. En el inglés del Renacimiento, *purse* podía significar al mismo tiempo escroto y útero². Un texto alemán anónimo muestra un tópico similar, "el útero es un receptáculo profundo y cerrado, parecido a un monedero (*Seckel*)"³. La

matriz "se cierra como un monedero (*bursa*) después de acoger el eyaculado masculino y femenino, dice el pseudo-Alberto Magno en su inmensamente popular *De secretis mulierum*, ampliamente traducido⁴. El escroto se vincula también con la matriz a través de un significado más social y económico. La "matriz", término que utiliza Bouchet para el útero, al igual que la variante inglesa *matrix*, tenía el sentido de un lugar en el que se produce o desarrolla algo, como en "las montañas son las matrices del oro". Se halla aquí sugerido el tropo común del útero como el órgano de la generación más notable y milagroso del cuerpo. La "matriz" es así el lugar donde se produce una nueva vida mientras que la "bolsa" es un lugar donde se realiza un intercambio, un tipo de productividad diferente, culturalmente menos valioso. Dos clases diferentes de bolsas, dos formas distintas de hacer y guardar dinero, vinculan órganos que hoy no tienen resonancias comunes.

Los placeres del cuerpo también permanecieron tan íntimamente ligados a la generación como lo habían estado para Hipócrates. "La expulsión de la semilla va acompañada de gran deleite, con la emisión del espíritu turgesciente y la contracción de los nervios", reza la guía sexual más extendida en la tradición occidental⁵. A través de una fisiología compartida con el hombre, la mujer "sufre de los dos modos", subraya Lemnius, médico del siglo XVI, y siente un doble placer: "capta la semilla del hombre y funde la suya con aquélla" y en consecuencia "obtiene más placer y se recrea más en él"⁶.

in the Later Germanic Dialects, Chicago, University of Chicago Press, 1920, págs. 104-121.

⁴ Pseudo-Alberto Magno, *De secretis mulierum* (ed. de 1655), página 19. El contexto es una discusión sobre la eyaculación masculina y femenina; cuando se reciben las dos semillas en la matriz, se "cierra como una bolsa (*matrix mulieris clauditur tanquam bursa*)". El párrafo siguiente repite esta frase y, bajo la autoridad de Avicena, da como razón para el cierre que la matriz "se complace con el calor que ha recibido y no quiere perderlo (*quia gaudet ex calido recepto nolens perdere*)".

⁵ Aristotle's *Masterpiece* (1684), pág. 28.

⁶ Laevinius Lemnius, *The Secret Miracles of Nature*, Londres, 1658,

¹ Guillaume Bouchet, *Les Sérées de Guillaume Bouchet*, ed. C. E. Roybet, seis volúmenes (París, 1873-1882), 1.96; Christopher Wirsung, *Ein Neues Artzney Buch Darinn fast alle eusserliche und innerliche Glieder des Menschlichen leibs... beschriben werden* (1572), pág. 416; Thomas Vicary, *The Anatomy of the Bodie of Man* (1548, reimpresso en 1577), ed. F. J. y P. Furnivall, Oxford, Early English Text Society, 1988, pág. 77.

² De modo similar, "cola" puede referirse no sólo a cierta extremidad posterior, sino también al pene y a las partes pudendas femeninas, aunque no he encontrado este uso popular en textos médicos.

³ *Auslegung und Beschreibung der Anathomy oder warhafften abcontersetzung eines inwendigen corpers des Manns und Weibs* (1539), sección "von der mutter" (sobre la madre), sin paginación. Para la conexión entre útero y escroto con palabras que designan saco, y también para asociaciones con otros órganos —la matriz como "tripa reproductora", por ejemplo, por retomar de nuevo la relación útero/intestino— véase Torild W. Arnoldson, *Parts of the Body in Older Germanic and Scandinavian*, Chicago, University of Chicago Press, 1915, págs. 160-175, y *Parts of the Body*

vergleich sie sich mit allem dem Mannlichen glied, allein das diese ausserhalb das Weiblich aber inwendig ist" (Si se mira a lo largo el útero y sus apéndices, corresponde en todos sus aspectos al miembro masculino, excepto que el último es exterior y el primero interior). O como dice de forma prosaica el cirujano-jefe de Enrique VIII, "la semejanza de ello [la matriz] es tal como si se tratara de una verga del revés o girada hacia adentro". Todavía en el siglo XVI había, al igual que en la antigüedad clásica, un solo cuerpo canónico y era el del varón¹.

Las diversas lenguas vernáculas replicaron también en las nuevas voces el complejo lingüístico latino y griego de las conexiones entre órganos, a las que nuestros textos médicos otorgarían después nombres precisos y distintivos. *Bourse*, por ejemplo, es la palabra que emplea Bouchet para escroto, y se refiere no sólo a monedero o bolsa, sino también al lugar en que se reúnen comerciantes y banqueros. Como monedero, bolsa o saco, tiende un puente entre los cuerpos masculino y femenino. En el inglés del Renacimiento, *purse* podía significar al mismo tiempo escroto y útero². Un texto alemán anónimo muestra un tópico similar, "el útero es un receptáculo profundo y cerrado, parecido a un monedero (*Seckel*)"³. La

¹ Guillaume Bouchet, *Les Sérées de Guillaume Bouchet*, ed. C. E. Roybet, seis volúmenes (París, 1873-1882), 1.96; Christopher Wirsung, *Ein Neues Artzney Buch Darinn fast alle eusserliche und innerliche Glieder des Menschlichen leibs... beschriben werden* (1572), pág. 416; Thomas Vicary, *The Anatomy of the Bodie of Man* (1548, reimpresso en 1577), ed. F. J. y P. Furnivall, Oxford, Early English Text Society, 1988, pág. 77.

² De modo similar, "cola" puede referirse no sólo a cierta extremidad posterior, sino también al pene y a las partes pudendas femeninas, aunque no he encontrado este uso popular en textos médicos.

³ *Auslegung und Beschreibung der Anathomy oder warhafften abcontersetzung eines inwendigen corpors des Manns und Weibs* (1539), sección "von der mutter" (sobre la madre), sin paginación. Para la conexión entre útero y escroto con palabras que designan saco, y también para asociaciones con otros órganos —la matriz como "tripa reproductora", por ejemplo, por retomar de nuevo la relación útero/intestino— véase Torild W. Arnoldson, *Parts of the Body in Older Germanic and Scandinavian*, Chicago, University of Chicago Press, 1915, págs. 160-175, y *Parts of the Body*

matriz "se cierra como un monedero (*bursa*) después de acoger el eyaculado masculino y femenino, dice el pseudo-Alberto Magno en su inmensamente popular *De secretis mulierum*, ampliamente traducido⁴. El escroto se vincula también con la matriz a través de un significado más social y económico. La "matriz", término que utiliza Bouchet para el útero, al igual que la variante inglesa *matrix*, tenía el sentido de un lugar en el que se produce o desarrolla algo, como en "las montañas son las matrices del oro". Se halla aquí sugerido el tropo común del útero como el órgano de la generación más notable y milagroso del cuerpo. La "matriz" es así el lugar donde se produce una nueva vida mientras que la "bolsa" es un lugar donde se realiza un intercambio, un tipo de productividad diferente, culturalmente menos valioso. Dos clases diferentes de bolsas, dos formas distintas de hacer y guardar dinero, vinculan órganos que hoy no tienen resonancias comunes.

Los placeres del cuerpo también permanecieron tan íntimamente ligados a la generación como lo habían estado para Hipócrates. "La expulsión de la semilla va acompañada de gran deleite, con la emisión del espíritu turgesciente y la contracción de los nervios", reza la guía sexual más extendida en la tradición occidental⁵. A través de una fisiología compartida con el hombre, la mujer "sufre de los dos modos", subraya Lemnius, médico del siglo XVI, y siente un doble placer: "capta la semilla del hombre y funde la suya con aquélla" y en consecuencia "obtiene más placer y se recrea más en él"⁶.

in the Later Germanic Dialects, Chicago, University of Chicago Press, 1920, págs. 104-121.

⁴ Pseudo-Alberto Magno, *De secretis mulierum* (ed. de 1655), página 19. El contexto es una discusión sobre la eyaculación masculina y femenina; cuando se reciben las dos semillas en la matriz, se "cierra como una bolsa (*matrix mulieris clauditur tanquam bursa*)". El párrafo siguiente repite esta frase y, bajo la autoridad de Avicena, da como razón para el cierre que la matriz "se complace con el calor que ha recibido y no quiere perderlo (*quia gaudet ex calido recepto nolens perdere*)".

⁵ *Aristotle's Masterpiece* (1684), pág. 28.

⁶ Laevinus Lemnius, *The Secret Miracles of Nature*, Londres, 1658.

Entre esos ecos de la Antigüedad, una ciencia nueva y decididamente revisionista exploraba el cuerpo con entusiasmo. En 1559, por ejemplo, Colombo —no Cristóbal, sino Realdo— declaraba haber descubierto el clítoris. Comunicaba a su “muy noble lector” que éste es “el asiento fundamental del placer femenino”. Como un pene, “si lo tocas, encontrarás que se hace un poco más duro y oblongo hasta el punto de que parece una especie de miembro viril”. Conquistador en tierra desconocida, Colombo remachaba su reivindicación: “Puesto que nadie ha percibido esas proyecciones y su forma de obrar, si me está permitido dar nombre a las cosas que he descubierto, debería llamarse amor o dulzura de Venus”⁷. Como Adán, se sintió en el derecho de dar nombre a lo que encontró en la Naturaleza: un pene femenino.

El relato de Colombo es significativo a dos niveles. En primer lugar, asume que ver y tocar revelará verdades radicalmente nuevas sobre el cuerpo. El descubridor del clítoris muestra desprecio hacia sus predecesores, quienes no basaban sus afirmaciones en la disección o fracasaban al no informar con precisión y valor de lo que habían visto. Mondino de’ Luzzi (1275-1326), por ejemplo, conocido anatomista medieval, fue blanco de duras ironías por haber afirmado que el útero tenía siete celdas, proposición relativamente novedosa, pero referida a un lugar común; “también podía haberlas llamado pórticos o dormitorios”⁸. Los colegas de Colombo, desde luego, le atacaron con idéntico vigor. Gabriel Falopio,

su sucesor en Padua, insistió en que él —Falopio— vio primero el clítoris y que todos los demás eran unos plagiarios⁹. Kaspar Bartholin, distinguido anatomista de Copenhague en el siglo XVII, añadió a su vez que tanto Falopio como Colombo se vanagloriaban en reivindicar el “descubrimiento o primera observación de dicha parte”, el clítoris, que realmente era conocido por todo el mundo desde el siglo segundo¹⁰.

El debate sobre quién descubrió el clítoris, un tanto absurdo pero complejo, es mucho menos interesante que el hecho de que todos los protagonistas compartían la certeza de que, quien fuera que lo hubiera descubierto, alguien podía reivindicarlo sobre la base de la observación y la disección del cuerpo humano. Un empirismo militante invadía la retórica de los anatomistas del Renacimiento.

El descubrimiento de Colombo podría también parecer fatal, o al menos amenazador, para las antiguas representaciones del sexo único. Dentro de las limitaciones del sentido común, si no de la consistencia lógica, las mujeres no podían tener un pene normal interior (la vagina) y un pequeño homólogo exterior (el clítoris). Pero los autores renacentistas no extrajeron esta inferencia. Jane Sharp, comadrona inglesa del siglo XVII con un buen nivel de formación, afirma sobre la vagina en una página “que es el paso de la verga, a la que se parece, pero girada hacia adentro”, y sin incomodidad aparente informa dos páginas después de que el clítoris es el pene femenino: “se endereza y reposa como hace la verga, hace a las mujeres lascivas y les proporciona placer en la cópu-

pág. 19, obra originalmente publicada como *De occultis naturae miraculis* en 1557.

⁷ Colombo, *De re anatomica* (Venecia, 1559), 11.16, págs. 447-448. Matteo Realdo Colombo (1516-1559?) fue el ilustre sucesor de Vesalio en la cátedra de cirugía de Padua.

⁸ *Ibid.*, págs. 444-445. La idea del útero de siete celdas no se encuentra en Galeno ni en los autores árabes importantes, sino que apareció por vez primera en los escritos de la escuela anatómica de Salerno en el siglo XII. Sobre este punto véase Robert Reisert, *Der seibenkammerige uterus: Studien zur mittelalterlichen Wirkungsgeschichte und Entfaltung eines embryologischen Gebärmuttermodells*, Hanover, Würzburger medizinisch-historische Forschungen, 1986.

⁹ Falopio, *Observationes anatomica* (Venecia, 1561), pág. 193. Se dice que se trata de las notas del curso de Falopio (Gabriel Falopio, 1523-1562), el anatomista que descubrió los oviductos.

¹⁰ *Bartholinus' Anatomy, Made from the Precepts of His Father, and from Observations of All Modern Anatomists, Together with His Own*, Londres, 1668, pág. 75. Este libro es traducción de las revisiones que en 1641 hizo Thomas Bartholin (descubridor del sistema linfático) del famoso libro de su padre, Kaspar, *Institutiones anatomicae* (1611). Fue Kaspar II (1655), hijo de Thomas, quien dio su nombre a las grandes glándulas vestibulares que lubrican la parte final de la vagina durante el coito.

la”¹¹. Quizá esas posiciones puedan reconciliarse en el sentido de que la vagina sólo se parece al pene mientras que el clítoris lo es de verdad: ambas posiciones mantienen la insistencia del modelo unisexo con el varón como patrón. Pero a Sharp esta cuestión no le interesaba. Dos afirmaciones aparentemente contradictorias coexistían con facilidad, y el viejo isomorfismo contemporizaba pacíficamente con el nuevo y extraño homólogo llegado de otra galaxia conceptual.

En el momento en que Colombo amenaza con ofrecer una comprensión nueva de la diferencia sexual, el texto retoma los viejos caminos y las viejas tensiones. En tanto se interprete la vagina o el clítoris como pene femenino, la mujer desaparece. El placer sexual mantiene su origen en el frotamiento homoerótico de lo semejante con lo semejante; el placer se disocia de la voluntad de modo que el espíritu de la mujer no cuenta. “Si frotáis [el clítoris] vigorosamente con un pene, o incluso si lo tocáis con un dedo, el semen fluye más rápido que el viento, a causa del placer, incluso cuando [las mujeres] están poco dispuestas”¹². Subsiste ahí un solo sexo, o en todo caso una clase de cuerpo.

El descubrimiento del clítoris y su fácil asimilación en el modelo unisexo plantea la cuestión central de este capítulo. ¿Por qué observadores competentes, comprometidos por convencimiento con las nuevas reglas de la ilustración precisa y naturalista, continúan pensando sobre la anatomía y fisiología de la reproducción de modo manifiestamente equivocado, atentando contra la intuición y sensibilidad modernas? En primer lugar, gran parte de lo que está en juego no se puede decidir de forma empírica. Si el pene o la vagina son un pene

¹¹ Jane Sharp, *The Midwives Book, or the Whole Art of Midwifery Discovered Directing Childbearing Women How to Behave Themselves in Their Conception, Breeding, Bearing and Nursing Children*, Londres, 1671, págs. 40, 42. Dice la señora Sharp que su libro está basado en la experiencia de treinta años, que se dirige a una amplia audiencia femenina (de aquí que no esté en latín) y que había incurrido en grandes gastos en traducir al inglés las últimas fuentes francesas, holandesas e italianas.

¹² Colombo, *Anatomica*, págs. 447-448.

femenino, o incluso si las mujeres tienen pene, o si ello tiene importancia, no son cuestiones que en principio puedan aclarar nuevas investigaciones. La historia de la anatomía renacentista indica que las representaciones anatómicas masculinas y femeninas dependen de la política cultural de la representación y de la ilusión, no de pruebas sobre órganos, canales o vasos sanguíneos. Ninguna imagen verbal o visual de los “hechos de la diferencia sexual” existe con independencia de tesis anteriores sobre el significado de tales distinciones¹³.

En la explicación de Colombo, y en general en el modelo unisexo, hay, sin embargo, proposiciones sobre las que se pueden obtener conclusiones empíricas. Dice con razón que el clítoris (*dulcedo amoris*) es el lugar primario del placer venéreo en las mujeres. Por otra parte, mantiene —de modo erróneo desde la perspectiva moderna— que el semen, muy semejante al masculino, es expulsado de modo similar cuando la mujer es estimulada, pero cuando no lo es, las mujeres no pueden concebir¹⁴. Muchas de estas tesis se pueden verificar consultando el propio cuerpo:

¹³ Acepto el argumento de Jacqueline Rose según el cual “no puede haber actuación sobre la imagen, ni desafío a su capacidad de ilusión y discurso, que no desafíe al propio tiempo el hecho de la diferencia sexual”, para significar que los hechos de la diferencia sexual no existen con independencia de las formas de ilusión y discurso. *Sexuality in the Field of Vision*, Londres, Verso, 1987, pág. 226. Cuando Rose comenta una nota de la explicación de Freud sobre la gran ambigüedad de Leonardo en la descripción de la relación sexual, dice que no se trata, como Freud sugiere, de un resultado peculiar de la bisexualidad de Leonardo, sino un ejemplo frecuente en las representaciones renacentistas de los órganos genitales.

¹⁴ Lo que quiero decir por “desde una perspectiva moderna” es que los textos contemporáneos no incluirían este tipo de consideración. Es evidente que hay un gran problema, que discuto brevemente en el próximo capítulo, en torno al uso como norma de la investigación moderna. Incluso cuando alguien afirma hoy que las secreciones de la mujer durante el orgasmo son histológicamente similares al fluido prostático masculino, o que la neurología del orgasmo es similar en ambos sexos, o que las presiones negativas durante el orgasmo femenino ayudan a la concepción, no está haciendo el mismo tipo de proposiciones que hacían los observadores

Quienes leáis estos estudios anatómicos míos, laboriosamente producidos, sabéis que sin esas protuberancias [el clítoris] que os he descrito antes con fidelidad, las mujeres no podrían experimentar placer en los abrazos venéreos ni concebir un feto.

Esto es lo verdaderamente importante: en las mujeres se presentan los testículos para que puedan producir semen. En realidad yo mismo puedo testimoniar que en la disección de los testículos femeninos a veces he encontrado semen, que es blanco, espeso y bien digerido, como todos los espectadores han reconocido de forma unánime¹⁵.

La afirmación concreta de que el orgasmo femenino era necesario para la concepción había sido ya cuestionada desde la Antigüedad.

Ya dijo Aristóteles que en algunas circunstancias las mujeres podían concebir “sin experimentar el placer habitual en estas relaciones” y que a la inversa “los dos miembros de la pareja podían alcanzar a un tiempo su goce” sin que la mujer concibiera¹⁶. Giles de Roma, estudioso del siglo XIII que incluso en aquella época de prolijidad era conocido como el “doctor verboso”, había expuesto con generosa amplitud y sobre fundamentos teóricos que la llamada semilla femenina era esencialmente irrelevante para la concepción y que el orgasmo femenino todavía lo era más. Pero también él presentaba pruebas empíricas de varias clases. Algunas mujeres le habían confiado haber concebido sin emisión y seguramente sin orgasmo. También un informe clínico de autoridad tan reconocida como Averroes (Ibn-Rushd, 1126-1198), el filósofo árabe autor de una importante enciclopedia médica, habla de una mujer que quedó embarazada del semen que flotaba en un baño caliente. Si, como este caso parece mostrar, la propia

renacentistas. En mi opinión, el problema de traducción la teórica es más grave en biología que en las ciencias físicas.

¹⁵ Colombo, *Anatomica*, págs. 448, 453-454.

¹⁶ GA 2.4.739-30; I.19.727b6-11.

penetración es solo incidental, ¿no será todavía más irrelevante el placer sexual femenino?¹⁷. Y dos mil años después de Aristóteles, William Harvey repetía el viejo argumento (aunque basado en la evidencia de “un infinito número”, o al menos no de “unos pocos” casos): el “estremecimiento violento, y la disolución y derramamiento de los humores” que con frecuencia se presentan “en las mujeres en el éxtasis del coito” no son necesarios para la función de tener bebés¹⁸.

Es difícil de creer que los consumidores de literatura médica en lenguas vernáculas —una parte notable del público letrado y aquellos que podían entenderlas— necesitaran del peso de la tradición y de la ciencia para comprender que el orgasmo femenino no siempre acompañaba a la concepción¹⁹. Los estudios modernos son acordes al mostrar que un tercio y quizá incluso la mitad de las mujeres no alcanzan nunca el orgasmo en la cópula y desde luego en ninguna parte se dice que haya tal proporción de mujeres infértiles²⁰. Quizá en una época en que lo que llamamos “preliminares” se tomaba como preludio obligado para la cópula con intención procreadora, el porcentaje de mujeres con orgasmos fuera más alto, pero aun así la experiencia cotidiana debió hacer dudar de la supuesta vinculación entre orgasmo femenino y concepción. No obstante, ni los testimonios de los eruditos ni las expe-

¹⁷ M. Anthony Hewson, *Giles of Rome and the Medieval Theory of Conception*, Londres, Athlone Press, 1975, pág. 87. El caso citado por Averroes, usado por Giles para extraer conclusiones más atrevidas, era bien conocido en el Renacimiento.

¹⁸ William Harvey, *Disputations Touching the Generation of Animals* (1653), trad. Gweneth Whitteridge (Oxford: Blackwell Scientific Publications, 1981), pág. 165.

¹⁹ Sobre la popularidad de las primeras obras médicas impresas en la Inglaterra de los Tudor, véase Paul Slack, “Mirrors of Health and Treasures of Poor Men”, en Charles Webster, ed., *Health, Medicine, and Mortality in the Sixteenth Century*, Cambridge, University Press, 1979, páginas 237-273.

²⁰ Me he apoyado en la recogida de datos sobre la materia efectuada por Lisa Lloyd en su manuscrito “Evolutionary Explanations of Human Female Orgasm”, que amablemente me ha permitido leer.

ciencias reales del matrimonio hicieron abandonar el viejo modelo de cuerpos y placeres.

Desde luego que alguien podría decir: quienes sabían —las mujeres— no escribieron y quienes escribieron —los hombres— no sabían. Pero esto no resuelve nada. En primer lugar, el *corpus* hipocrático y el libro X de la *Historia de los animales* de Aristóteles, por ejemplo, podían muy bien expresar las voces de las mujeres, y otras obras ofrecen relatos similares. Además, cuando en el Renacimiento las mujeres comenzaron a publicar sobre comadronas y reproducción, sus opiniones sobre la fisiología de la generación entraban por completo en la corriente principal: Louise Bourgeois, Jane Sharp y Madame de la Marche propugnaban la sabiduría común que vinculaba placer, orgasmo y generación. Los relatos ocasionales en primera persona de mujeres que trataban de estas materias íntimas, como la notable autobiografía de Isabella De Moerloose, esposa de un clérigo holandés del siglo XVII, atestiguan sin duda que la literatura que he citado contiene creencias ampliamente compartidas²¹. A pesar de la creciente tendencia de la tradición culta a distanciarse de los “errores populares”, mi sensación es que los médicos, los autores profanos, y los hombres y mujeres en sus camas, compartían en un sentido amplio el saber acerca de cómo funcionaba el cuerpo en materia de reproducción²². La especie de

²¹ Herman W. Roodenburg, “The Autobiography of Isabella De Moerloose: Sex, Childbearing and Popular Belief in Seventeenth Century Holland”, *Journal of Social History*, 18 (verano 1985), 517-540. (Discuto algunos aspectos de este diario más abajo, en la nota 83.) Una mujer que escribe en su diario sobre la concepción en el siglo XIX emplea todavía en buena medida el lenguaje hipocrático.

²² La mejor prueba directa de la ausencia de opiniones radicalmente divergentes entre médicos y pacientes se encuentra en los ficheros de Johann Storch, médico que ejercía a principios del siglo XVIII en la pequeña ciudad de Eisenach, brillantemente analizados por Barbara Duden, *Geschichte unter der Haut*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1987. Sobre la creación de la cultura popular por desarraigo de una antigua tradición, véase Natalie Z. Davis, “Proverbial Wisdom and Popular Errors”, *Society and Culture in Early Modern France*, Stanford, Stanford University Press, 1975,

abismo altamente politizado entre la opinión de las mujeres sobre sus propios cuerpos y la de la clase médica tendría que esperar la consolidación de una profesión de base científica que comenzó en el siglo XVIII, pero que no se extendió por completo hasta finales del siglo XIX²³.

Finalmente, hay indicios razonables de que en el pasado las mujeres podían conocer más o menos como sus médicos el calendario y la fisiología de la concepción. Desde luego, si los consultorios de la prensa tienen algún valor, la opinión de que el orgasmo es necesario para la concepción subsiste todavía; los médicos, tanto hombres como mujeres, que a principios del siglo XX intentaron determinar mediante entrevistas el calendario de la ovulación durante el ciclo menstrual, no llegaron a obtener respuestas coherentes. Y los estudios antropológicos permiten pensar que las mujeres vivas a las que hoy se puede interrogar mantienen opiniones similares a las propugnadas por comadronas y guías de salud del Renacimiento. Así, una encuestada en Suye Mura decía a una antropóloga de habla japonesa que “ella [pensaba] que si una mujer no alcanza el clímax, no podía concebir porque su matriz permanecía cerrada”²⁴. Los samo de Burkino Faso dan una explicación del semen —“el agua del sexo” que emiten hom-

págs. 227-267. Sugiero más adelante que, en materias relevantes para este libro, fueron mínimas las diferencias entre la nueva medicina basada en textos clásicos depurados y la observación directa, por una parte, y por otra las opiniones tradicionales. Véase también Paul-Gabriel Bouché, “Imagination, Pregnant Women, and Monsters in Eighteenth-Century England and France”, en G. S. Rousseau y Roy Porter, eds., *Sexual Underworlds of the Enlightenment*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1988, págs. 86-100, para una explicación de por qué hasta el siglo XVIII los médicos no comenzaron a atacar, y no de forma unánime, la creencia de que la conducta de las mujeres embarazadas podía causar monstruosidades.

²³ Véase Emily Martin, *The Woman in the Body*, Boston, Beacon Press, 1987.

²⁴ Robert J. Smith y Ella Lury Wiswell, *The women of Suye Mura*, Chicago, University of Chicago Press, 1982: “Ella mostró con sus manos cómo la matriz se abre cuando está receptiva” (págs. 63-64). El libro se basa por completo en las notas de campo de Wiswell.

bres y mujeres—, sangre, leche y menstruación que es sorprendentemente semejante a la que dominaba la tradición occidental²⁵.

Nada de esto contradice el hecho de que debía haber mucha sabiduría en el pueblo y una fuerte tradición oral entre las mujeres, en los albores de la Europa moderna, que nunca podrían recuperar las fuentes impresas, por muy populares que fuesen, y las demás fuentes modernas, por muy amplio que fuera su campo de acción. Se han perdido para siempre para los historiadores. Tampoco prueba esto que las gentes comunes, hombres o mujeres, pensarán en rigor en términos de los isomorfismos anatómicos del modelo unisexo. No obstante, hace pensar que el tipo de literatura en que baso estos capítulos —por otra parte el único tipo del que probablemente pueda llegar a disponer— comparte el mismo universo conceptual del pueblo renacentista e incluso de “quienes sabían (las mujeres)”, aunque no hablen con sus propias voces.

Las pruebas sobre las tesis empíricamente comprobables del modelo unisexo no llegaron a desplazarlo, porque dichas tesis formaban parte de una concepción del cuerpo mucho más general, intrincada y polimorfa, y por tanto ninguna observación, por sí misma o en combinación, podía refutarlo directamente. Willard Quine sugiere que ello se debería al sustrato filosófico. La totalidad de nuestras creencias “son un tejido hecho por el hombre, que es afectado por la experiencia sólo en la periferia”. El llamado conocimiento, para cambiar de metáfora,

²⁵ Françoise Héritier-Augé. “Semen and Blood: Some Ancient Theories Concerning their Genesis and Relationship”, *Zone*, 5 (1989), 160-161. Éste sería un hecho nuclear si la antropóloga hubiera interrogado a hombres y mujeres samo, aunque presenta las respuestas como si se tratara de opiniones generalmente admitidas. Véanse también los informes sobre los puntos de vista de las mujeres respecto a menstruación y fertilidad, citados en la introducción a T. Buckley y A. Gottlieb, eds., *Blood Magic: The Anthropology of Menstruation*, Berkeley, University of California Press, 1988, págs. 42-43.

es como un campo cuyos límites están tan indeterminados, por la experiencia, que existe mucha libertad para elegir los enunciados que se desean reevaluar a la luz de alguna experiencia contradictoria. Pero ninguna experiencia particular tiene una vinculación evidente con un enunciado particular del interior del campo²⁶.

La antigua explicación de los cuerpos y el placer estaba tan profundamente enraizada en la teoría médica y fisiológica renacentista, lo mismo en versiones cultas que en las populares, y tan relacionada con el orden político y cultural, que escapaba por completo a cualquier contacto lógicamente determinante con los límites de la experiencia o, en realidad, a cualquier intento de comprobación explícita²⁷.

Es éste un argumento tan habitual en la historia y filosofía de la ciencia que incluso tiene nombre: la tesis Quine-Duhem. Pero vale la pena retomararlo por dos razones. Las afirmaciones empíricamente comprobables del viejo modelo, que representan y están representadas por la idea trascendental de que existe un solo sexo, son tan inverosímiles para la imaginación científica moderna que hay que hacer un soberano esfuerzo para comprender cómo las gentes razonables han podido mantenerlas alguna vez. Es un esfuerzo que sólo vale la pena si perturba la estabilidad de nuestras propias construcciones de la diferencia sexual poniendo en evidencia

²⁶ Willard van Orman Quine, “Two Dogmas of Empiricism”, *From a Logical Point of View*, Nueva York, Harper and Row, 1963, págs. 42-43; véase también la formulación en Quine y J. S. Ullian, *The Web of Belief*, Nueva York, Random House, 1978, 2.ª ed. Thomas Kuhn, en *The Structure of Scientific Revolutions*, defiende lo mismo sobre bases históricas. [De la obra de Quine existe traducción de Manuel Sacristán, *Desde un punto de vista lógico*, Barcelona, Orbis, 1985; de la de Kuhn, Agustín Contín, *La estructura de las revoluciones científicas*, 7.ª ed., Madrid, FCE España, 1977.]

²⁷ En este punto me he basado en muchos autores diferentes. Para un estudio muy rico de la lógica del cuerpo, las relaciones entre sus variados aspectos estructurales, metafóricos y macrocósmicos, véase el estudio de Marie Christine-Pouchelle sobre Henri de Mondeville, *Corps et chirurgie à l'apogée du moyen-âge*, París, Flammarion, 1983.

las bases de otro planteamiento y mostrando que las diferencias que producen la diferencia están históricamente determinadas.

En segundo lugar, al poner de manifiesto el espeso tejido de conocimientos y de retórica que sostuvieron el modelo de sexo único, perfilo también el escenario en que se movieron sus detractores en los siglos XVIII y XIX. Si su estabilidad puede atribuirse a su imbricación en otros modos discursivos, no habrá necesidad de explicar su colapso por un descubrimiento importante y singular o incluso por agitaciones sociales destacadas. De este modo conviene enfrentarse con la construcción del cuerpo de dos sexos dentro del contexto de la multitud y variedad de las nuevas conexiones entre el discurso sexual y otros discursos, y dentro del propio discurso sobre el sexo.

LAS PRÁCTICAS DE LA ANATOMÍA

“Cuando os encontráis a un ser humano”, dice Freud en sus comentarios sobre “Feminidad” en las *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*, “la primera distinción que hacéis es ¿‘hombre o mujer’?, y acostumbráis a hacer la distinción con absoluta seguridad”. La ciencia anatómica parece en principio avalar esta certeza, pero reflexiones posteriores llevan a ser mucho menos taxativos: “lo que constituye la masculinidad o la feminidad es una característica desconocida que la anatomía no puede captar”. Muchos anatomistas del Renacimiento practicaban la disección, miraban en el interior y representaban visualmente el cuerpo femenino, pero cuanto más se fijaban y con mayor convencimiento, seguían viendo dicho cuerpo como una versión del masculino.

El cuerpo habla de sí mismo. En buena medida, la nueva ciencia reforzó considerablemente el viejo modelo por la sencilla razón de que proclamaba con gran vigor que la Verdad y el progreso no se encierran en los libros, sino en el cuerpo

abierto y adecuadamente expuesto²⁸. Una retórica repetitiva reforzó la idea de que sólo el error y la adhesión equivocada a las autoridades entorpecía el camino, siendo así que con toda cautela se podía *ver*; entre otras muchas cosas, que las mujeres eran hombres invertidos. Vesalio denunció públicamente a todos sus predecesores, incluso a su maestro Jacobus Sylvius, porque consideraban infalible a Galeno, y Colombo escribiría sobre las “correcciones en modo alguno despreciables” que hubo de hacer a Vesalio para realizar una guía de la disección que “diga la verdad sobre el cuerpo humano”²⁹. Falopio anunció que refutaría las explicaciones de los autores antiguos o más modernos y le daría la vuelta a algunas de sus doctrinas, “o al menos las haría tambalearse”³⁰.

Más importante todavía es la nueva y extravagante práctica de la disección en un anfiteatro público; también sus representaciones proclamaban la convicción de que el cuerpo

²⁸ No significa esto que Vesalio y sus seguidores escaparan a la influencia de la erudición clásica, en general, o a la de Galeno, en particular. Todas las obras de Galeno fueron editadas y traducidas en numerosas lenguas vernáculas; el propio Vesalio estuvo implicado en la preparación de la gran *Opera Galeni* publicada en Venecia (1541-42) y consideró a Galeno como “el príncipe de los médicos y el preceptor de todos”. Véase Richard J. Durling, “A Chronological Census of Renaissance Editions and Translations of Galen”, *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 24 (1961), que enumera 630 ítems entre 1473 y 1600, excluyendo largas citas en otras obras. J. B. de C. Saunders y Charles D. O'Malley, *The Anatomical Drawings of Andreas Vesalius* (Nueva York: Bonanza, 1982), pág. 13. Por razones que se discuten más adelante, Aristóteles, que no era anatomista ni médico, tuvo mucha menos influencia en sus escritos sobre el cuerpo. Pero hay mucho de Aristóteles en Avicena, quien ejerció una gran influencia en la enseñanza médica del Renacimiento. Véase Nancy Siraisi, *Avicenna in Renaissance Italy: The Canon and Medical Teaching in Italian Universities after 1500*, Princeton, Princeton University Press, 1987. Su influencia filosófica fue enorme. Véanse también Charles B. Schmitt, “Towards a Reassessment of Renaissance Aristotelianism”, *History of Science*, 11 (1973), 159-193, y más en general *Aristotle and the Renaissance*, Cambridge, Harvard University Press, 1983.

²⁹ Prefacio a *The Fabric of the Human Body*, trad. Logan Clendening, *Source Book of Medical History*, Nueva York, Dover, 1942, pág. 136.

³⁰ Falopio, *Observationes*, pág. 195.



BASILLAE PER IOHANNEM OROEIVM

Fig. 3. Escena de disección del siglo XVI, que sirvió de frontispicio a la obra de Vesalio, *De humani corporis fabrica* (1543), obra con la que se abrió una nueva época para la anatomía.

abierto era la fuente y piedra de toque del conocimiento anatómico³¹. Lo que hasta entonces se había ocultado —había habido muy poca disección humana en la Antigüedad, si la

³¹ Sobre los anfiteatros anatómicos y las anatomías públicas, véase Giovanna Ferrari, "Public Anatomy Lessons and the Carnival in Bologna", *Past and Present*, 117 (1987), 50-107.



Fig. 4. Frontispicio de la obra de Johan Ketham, *Fasciculus medicinae* (Venecia, 1550), versión modificada de la *Anathomia* de Mondino



Fig. 5. Frontispicio de la *Anathomia* (1493) de Mondino [Mondinus]

hubo, y ninguna ilustración anatómica— y lo que se había practicado en ocasiones y con discreción —la anatomía en las universidades medievales— resultaba ahora asequible para consumo general. Ya no había que imaginar las transformaciones topográficas de Galeno: podían verificarse con la vista. Tal como expone Harvey Cushing, la famosa portada de *De humani corporis fabrica*, de Vesalio, la obra fundadora de la anatomía moderna (fig. 3), es como un reproche a quienes sólo leían libros antiguos mientras los cirujanos barberos practicaban disecciones. Compárese, por ejemplo, a la portada de la *Anathomia* de Mondino (figs. 4 y 5), el manual clásico de las escuelas de medicina anterior a Vesalio. Es el texto, por medio del nombre del libro, o de un lector hablando *ex cathedra*, lo que domina las ilustraciones precedentes.

El cuerpo parece casi un añadido, yaciendo pasivamente en el plano del grabado. En la figura 5, la mirada del anatomista se posa sobre la cara del cadáver, no sobre la víscera expuesta, como si fuera su humanidad y no su valor como material muerto para estudiar, lo que reclamara su atención. Vesalio debía imaginar escenas como ésta cuando condenaba a los anatomistas que “desde lo alto de su cátedra cacareaban con arrogancia como grajos sobre cosas que nunca habían comprobado por sí mismos”. Un carnicero en su carnicería sabía más que un doctor³².

Por contraste, en la figura 3 el cuerpo abierto es la fuente incuestionable de autoridad, reforzada por el esqueleto soberano que preside la escena. A diferencia de los cuerpos de las ilustraciones precedentes, éste se destaca del plano del grabado; las entrañas expuestas ocupan el centro muerto entre el título y el pie de la imagen. Una línea imaginaria pasa bajo la espina dorsal del esqueleto, entre sus pechos y a través de las vísceras, cortando en dos la imagen y dividiendo la magnífica rotunda en que yace el cadáver. Las estatuas clásicas prestan su dignidad, como harán más tarde en el libro, al mitigar la violencia de la disección cuando las vísceras se exponen sobre ellas, al tiempo que definen lo mostrado como perteneciente a un cuerpo mediano y normativo. También, como en las portadas de muchas anatomías del Renacimiento, hay una nutrida concurrencia de espectadores variopintos que observan con atención. En resumen, se trata de una imagen sobre el majestuoso poder de la ciencia para hacer frente, dominar y



Fig. 6. Frontispicio de la edición holandesa de 1642 del *Eptome* (1543) de Vesalio



Fig. 7. Frontispicio del *Anatomische Tafeln* (1656), de G. Cassario, que no es sino una modificación de la escena representada en la fig. 6

representar las verdades del cuerpo de un modo teatral y público³³.

En un sentido más estricto, la imagen también puede interpretarse como afirmación del poder masculino para conocer el cuerpo femenino y en consecuencia para conocer y

³² Harvey Cushing, *A Bio-Bibliography of Andreas Vesalius*, Hamden, Archon Books, 1962, 2.^a ed., págs. 81-82. Se dice habitualmente que el hombre joven que está en la cátedra en la figura 3 es el profesor y que quienes abajo practican la disección son sus ayudantes. Pero es más probable que el citado joven sea un ayudante nuevo cuyo trabajo sería leer el texto, mientras el profesor —el hombre mayor inclinado sobre el cuerpo— hacía la disección. Véase Jerome J. Bylebyl, “The School of Padua: Humanistic Medicine in the Sixteenth Century”, en Webster, ed., *Health, Medicine*, págs. 335-371. En mi opinión, permanecen intactos la afirmación epistemológica de Vesalio en su portada y el testimonio de las imágenes.

³³ Mi interpretación del cuerpo en este grabado se debe en gran medida al estudio de W. S. Heckscher sobre “Anatomy of Dr. Nicolaas Tulp”, en su *Rembrandt's "Anatomy"*. Nueva York, New York University Press, 1958. Las “anatomías” como género literario se basaron en el examen profundo de las representaciones con ánimo de alcanzar la “verdadera” verdad. Véase Devon L. Hodges, *Renaissance Fictions of Anatomy*, Amherst, University of Massachusetts Press, 1985, págs. 6-17. Para el uso de la escultura clásica como muestra de la anatomía humana, véase Glenn Harcourt, “Andreas Vesalius and the Anatomy of Antique Sculpture”, *Representations*, 17 (invierno 1987), 28-61.



Fig. 8. Frontispicio de *Les Œuvres anatomiques* (1629), de Jean Riolan. La posición del cadáver del hombre es todavía más erótica, si cabe, que las del hombre y la mujer de las figuras 6 y 7



Fig. 9. Frontispicio del *De re anatomica* (1559), de Colombo, según dibujo de Paolo Veronese

controlar una Naturaleza femenina³⁴. Vesalio preside aquí una asamblea de hombres que escrutan el interior de una mujer indefensa, desnuda, que muestra su cuerpo ante ellos. El cadáver de la portada (fig. 6) de una edición holandesa posterior del *Epitome* de Vesalio, una especie de guía para el estudiante, introductoria a la más extensa *Fabrica*, goza de mejores formas todavía; sus órganos genésicos se muestran con mayor claridad y su cara aparece misteriosamente velada como para subrayar la accesibilidad del cuerpo a la mirada del varón. Incluso los portadores de la leyenda son hombres y el sexo del esqueleto se hace evidente por su capa y la pala de enterrador.

Pero la política del género en la ilustración anatómica no es tan sencilla. La portada de la *Anatomische Tafeln* (fig. 7), de Cassario, toma el grabado usado en la figura 6 y sustituye el cuerpo de la mujer por el de un hombre. Su rostro también está cubierto; si acaso su cuerpo está más dominado por los instrumentos que hay tras él y por el cuchillo que reposa sobre su muslo. El cadáver joven, y en extremo erotizado, objeto de disección en la figura 8, portada del texto de John Riolan, es claramente el de un hombre, si bien de rasgos delicados y andróginos. Hablando en general, sencillamente no es cierto que quepa identificar en particular a las mujeres, sensuales o no, con el objeto del estudio anatómico. En las

³⁴ El ocaso durante la revolución científica de una idea de la naturaleza como madre nutricia a la cual la humanidad está orgánicamente vinculada, y el nacimiento de una concepción de la naturaleza como objeto femenino a estudiar y explotar por los hombres, es el tema que trata Carolyn Merchant, *The Death of Nature: Women, Ecology and the Scientific Revolution*, Nueva York. Harper and Row, 1980.

portadas de catorce libros de anatomía publicados entre 1493 y 1658, el cuerpo cuya disección se practica es masculino en nueve casos, femenino en cuatro e indeterminado en el restante. Quizá fue más la disponibilidad de material que la política sexual lo que determinó el sexo del cadáver genérico³⁵. En todo caso, lo que importa es el cuerpo en tanto que tal y el objeto programático de la portada anatómica renacentista es evidente: los anatomistas tienen el poder de abrir el templo del alma y revelar los misterios del interior (la figura 9 es paradigmática en este aspecto)³⁶.

Los cuerpos de las mujeres deben verse en el contexto de dos estrategias posteriores de la representación. Ambas resaltan la exhibición teatral de los cuerpos como testimonio de las tesis de los anatomistas. En primer lugar, incluso cuando las anatomías medievales estaban ilustradas —y desde luego

³⁵ No he tenido en cuenta las reutilizaciones o retoques de una plancha en nuevas ediciones de la obra original o en otras obras diferentes. No se trata de un estudio propiamente dicho, pero me sorprendería que un estudio auténtico alterara los resultados de modo significativo. Puesto que se ejecutaban más hombres que mujeres, no hay duda de que había más cadáveres masculinos disponibles para disección. Pero quedaban muchas oportunidades para examinar mujeres. Vesalio hizo la disección al menos de siete. Las autopsias, como pone de manifiesto Katherine Park en *Doctors and Medicine in Early Renaissance Florence*. Princeton, Princeton University Press, 1985, págs. 52-53, se realizaban rutinariamente e incluso damas nobles no tenían escrúpulos en hacerse examinar estando vivas o a la espera de la muerte. Cita Park el caso de una mujer patricia, que sufría un flujo uterino, que pidió que se le practicara la autopsia para que los médicos pudieran tratar mejor a sus hijas si desarrollaban el mismo mal. Un testimonio anecdótico, como el de *Beloved son: The Journal of Felix Platter, a Medical Student in Montpellier in the Sixteenth Century*, trad. Sean Jennett, Londres, Frederick Muller, 1961, pág. 90, da a entender que los cuerpos de las mujeres resultaban disponibles por la acción de los ladrones de tumbas.

³⁶ Samuel Y. Edgerton, *Pictures and Punishments: Art and Criminal Prosecution during the Florentine Renaissance*, Ithaca, Cornell University Press, 1985, págs. 215-217, y cap. 5, *passim*, resalta que en esta imagen el anatomista está representado como un exaltado, casi como si fuera una figura de sacerdote. El cadáver puede recordar el Cristo muerto de las pinturas de la Pietà, pero es el anatomista quien parece estar dando un sermón.

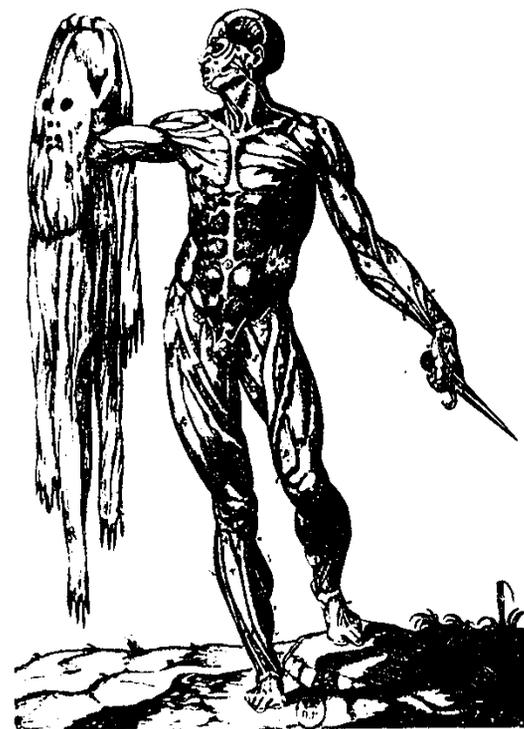


Fig. 10. Figura clásica del desollado que muestra al propio tiempo su piel y su musculatura. De Juan de Valverde, *Anatomia del corpo umano* (1560). [La obra original en castellano apareció cuatro años antes y fue traducida al italiano por Antonio Tabo da Albenga, conociendo después múltiples traducciones y ediciones]

también en los libros renacentistas anteriores a la *Isagoge brevis* de Jacopo Berengario, de 1522—, lo cual era infrecuente, las imágenes que contenían solían tener escasa relación con el texto, cuya autoridad residía en las palabras y reputación del autor. Con Berengario, sin embargo, sucedió algo nuevo. Estaba entregado a una *anatomia sensibilis*, una anatomía de lo que podía verse, y las ilustraciones estaban llamadas a ser el aspecto impreso, el sustituto gráfico de cómo se



Fig. 11. Tres figuras en varias posiciones forzadas para mostrarse a sí mismas a los lectores de un texto anatómico. Proceden igualmente de la *Anatomia* de Valverde

veían realmente las estructuras en cuestión y en consecuencia ratificaban las palabras del anatomista³⁷. Las portadas y los numerosos y espectaculares grabados en la obra de Vesalio y otras posteriores continuaban invocando la autoridad, primero, de un cuerpo dramáticamente abierto y expuesto, y luego, de forma derivada, de la propia representación naturalista³⁸.

³⁷ Véase el detallado estudio de R. K. French, "Berengario da Carpi and the Use of Commentary in Anatomical Teaching", en A. Wear, R. K. French y I. M. Lonie, eds., *The Medical Renaissance of the Sixteenth Century*, Cambridge, University Press, 1985, págs. 42-74, esp. 54-62.

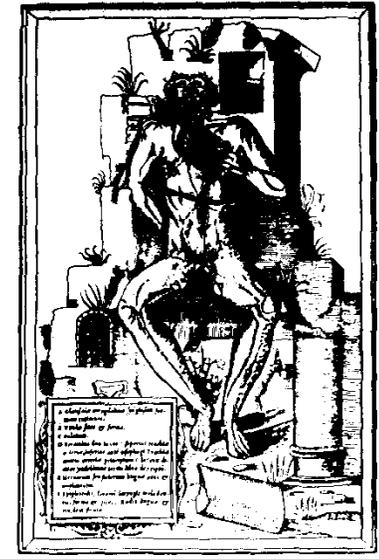
³⁸ Sobre la ilustración en textos medievales, véase Karl Sudhoff, "Eine Beitrage zur der Geschichte der Anatomie in Mittelalter, speziell der anatomischen Graphik nach Handschriften des 9. bis 15 Jahrhunderts", en *Studien zur Geschichte der Medizin*, 4 (1908), 1-94, con 24 láminas, donde denuncia el carácter esquemático de las ilustraciones, la dificultad en demostrar su relación con un texto concreto, y su dependencia de figuras ajenas —en especial en el caso de los esqueletos (págs. 28-51)— en lugar de confiar en la naturaleza. No se conocen ilustraciones anatómicas de la Antigüedad y los primeros dibujos ginecológicos (de un útero) datan del siglo IX. Véase Fritz Weindler, *Geschichte der Gynaekologisch-Anatomischen Abbildung*, Dresde, Zahn und Jaensch, 1908, págs. 14-15 y pági-

Incluso sin leyendas, estas nuevas ilustraciones eran proclamaciones de su propia verdad. En ellas los muertos actúan como si en algún sentido estuvieran vivos —como si no fueran cadáveres— y como tales certifican personalmente los hechos que presenta el anatomista y la solvencia epistemológica de la anatomía en general. El clásico hombre desollado de la *Anatomia* (fig. 10) de Valverde se quita él mismo la piel para mostrar la superficie de sus estructuras musculares, alzando la piel —en alusión al autorretrato de Miguel Ángel, medio Marsias, medio San Bartolomé, del *Juicio final*— para dar a la escena un toque emotivo³⁹. Más adelante, en el libro de Valverde, una criatura más bien absorta levanta apaciblemente la grasa y la piel de su vientre para mostrar su fascia

nas 81-89 sobre Berengario como gran innovador prevesaliano. La historia más completa de la ilustración anatómica es la de Johann Ludwig Choulant, *A History and Bibliography of Anatomic Illustration*, trad. Mortimer Frank (Nueva York: Hafner, 1945, reimpresión en 1962). He consultado también R. Herrlinger, *History of Medical Illustration from Antiquity to 1600*, Nueva York, Editions Medicina Rara, 1970. La relación manifiestamente nueva entre el texto y el grabado es difícil de caracterizar precisamente porque no consiste, en contra de lo que la historia de la ciencia sugiere, en la simple sustitución de ilustraciones esquemáticas por otras más naturalistas. No se trata tampoco, como pretende Geoffrey Lepage, *Art and Scientific Illustration*, Bristol, John Wright, 1961, de que la verdad en la ilustración repose de algún modo en alcanzar el objetivo de evitar la deformación, cuando un grabado se produce siguiendo las observaciones de un científico. Toda ilustración anatómica es necesariamente esquemática en relación con un cuerpo que es infinitamente menos claro y mucho más complejo. Además, la ilustración anatómica llamada naturalista, aunque pueda ser dibujada del natural, depende todavía mucho de las convenciones artísticas e incluso de imperativos ideológicos (véase Capítulo VI). Sobre el poder de las convenciones, véase la explicación que da Gombrich a la longevidad del rinoceronte de Durero, en buena medida imaginario, pero dibujado de forma convencionalmente naturalista, "Truth and the Stereotype", *Art and Illusion: A Study in the Psychology of Pictorial Representation*, Nueva York, Pantheon, 1960, págs. 81-82.

³⁹ Sobre el retrato de Miguel Ángel en la piel de San Bartolomé, véase Leo Steinberg, "Michelangelo and the Doctors", *Bulletin of the History of Medicine*, 56 (1982), 543-551. Sobre su relación con la obra de Valverde, véase Edgerton, *Pictures and Punishments*, págs. 217-219 y n. 53.

abdominal; para facilitar nuestra visión, la figura siguiente eleva todavía más sus ropas de carne para revelar la parte inferior del epiplón. Con su mano izquierda hace un gesto y se vuelve, como si posara o ensayara en un escenario, para preguntar al artista o director que le contratara si esta pose o ademán son correctos. Una tercera comparsa precisa de manos y dientes —que mantienen el epiplón— para asegurarnos una vista sin obstáculos de sus vísceras (fig. 11). En una edición belga del *Epitome* (fig. 12), un anatomista con el pecho abierto —no es posible un sacrificio mayor en pro de la ciencia— levanta sus ojos al cielo mientras sus dedos hacen la resección de las costillas de un Apolo de Belvedere vesaliano, o quizá de él mismo. Varios hombres bien proporcionados aparecen en *La Dissection des parties du corps humain*, de Estienne, la anatomía prevesaliana mejor presentada, y parecen más o menos satisfechos, afligidos o patéticos, mien-



Figs. 13-14. Dos figuras masculinas se desgarran a sí mismas para edificación de los lectores. El “mártir” de la derecha muestra la lengua y las amígdalas, y el de la izquierda, el bajo vientre y los genitales. De Charles Estienne *La Dissection des parties du corps humain* (1546)

tras se desgarran para edificación anatómica del espectador (figs. 13-14).

El arte y la retórica de las anatomías renacentistas proclaman así la autoridad de la visión y el poder de la disección. Estratagemas diversas para crear “efectos realistas” permiten que los grabados sustituyan a los propios cuerpos y testimonien las verdades de los textos; los espectadores son invitados a considerar las imágenes como trasuntos del propio cadáver. Ver es creer en el cuerpo unisexo. O a la inversa.

Creer es ver. La nueva anatomía exponía, a muchos niveles y con un vigor sin precedentes, el “hecho” de que la va-

TABVLA · · · LIB · IIII ·



Fig. 12. Un cadáver “anatomizado” hace la disección de otro, representado como una versión en carne y hueso de una estatua clásica mutilada. El original corresponde también a la *Anatomia* de Valverde, pero fue reutilizado en una edición del *Epitome* de Vesalio realizada en Brujas en 1559

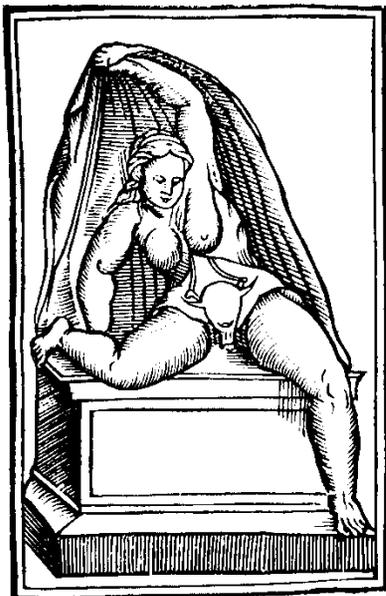


Fig. 15. Una escultura de mujer cobra vida de pronto y abandona su pedestal para demostrar la certeza de la afirmación del texto, según la cual el útero es análogo al pene y hay también correspondencia en cuanto a los testículos y diversos conductos. De Jacopo Berengario, *Isagoge brevis* (1522)



Fig. 16. La modelo ha abandonado su pedestal y con gesto grandilocuente señala su útero. "Observad —dice—, cuánto se parece el cuello de la matriz al miembro viril." De Berengario

gina es en realidad un pene y el útero un escroto⁴⁰. Berengario asegura a sus lectores que no deben equivocarse o dudar en este punto: "el cuello del útero es como el pene y su receptáculo, con testículos y vasos, es semejante al escroto"⁴¹. En el primero de los grabados que acompañan a esta afirmación ya familiar, una estatua clásica de una mujer de indudable feminidad parece haber alcanzado la vida por un milagro; está desprendiéndose del rebozo y desciende con cuidado para

mostrar la prueba al lector (fig. 15) En el siguiente (fig. 16) agita airosamente el manto sobre su cabeza con una mano, mientras con la otra dirige la mirada de la audiencia hacia lo que se ha extraído de su vientre y ha sido depositado sobre el pedestal del que acaba de descender: su útero. Ella —el cadáver ahora animado cuya voz se hace indistinguible de la del anatomista— hace un gesto triunfal y anuncia con gran autoridad: "ved cómo el cuello [del útero]... parece un pene" (página 78). Por último, una tercera ilustración, ésta de detalle, remacha el tema visualmente mediante rótulos que identifican los ovarios como testículos y las trompas de Falopio como los conductos espermáticos (fig. 17).

⁴⁰ Véase French, "Berengario", págs. 43-49, y L. R. Lind, *Studies in Pre-Vesalian Anatomy: Biography, Translations, and Documents*, Filadelfia, American Philosophical Society, 1975.

⁴¹ Jacobo Berengario de Carpi, *A Short Introduction to Anatomy [Isagoge brevis]*, trad. L. R. Lind, Chicago, University of Chicago Press, 1959, pág. 80. La *Isagoge* es una especie de compendio de la obra mucho más amplia de Berengario *Commentary on Mondino* (1521), que fue el primer libro de anatomía que integró las ilustraciones en el texto.

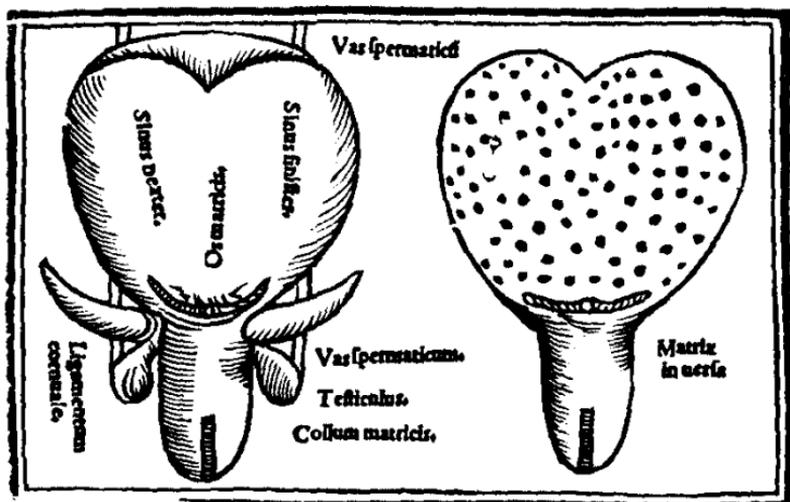


Fig. 17. El útero y los vasos a él vinculados se rotulaban de forma que no quedara lugar a dudas sobre la correspondencia entre órganos masculinos y femeninos, "porque es bueno repetir las cosas diez veces". De Berengario

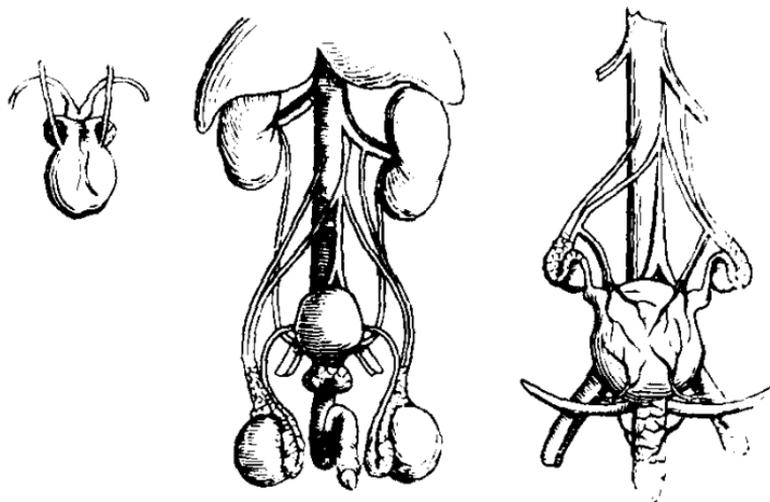


Fig. 18. Órganos masculinos y femeninos dispuestos para demostrar sus correspondencias.
De Vesalio, *Tabulae sex* (1538)

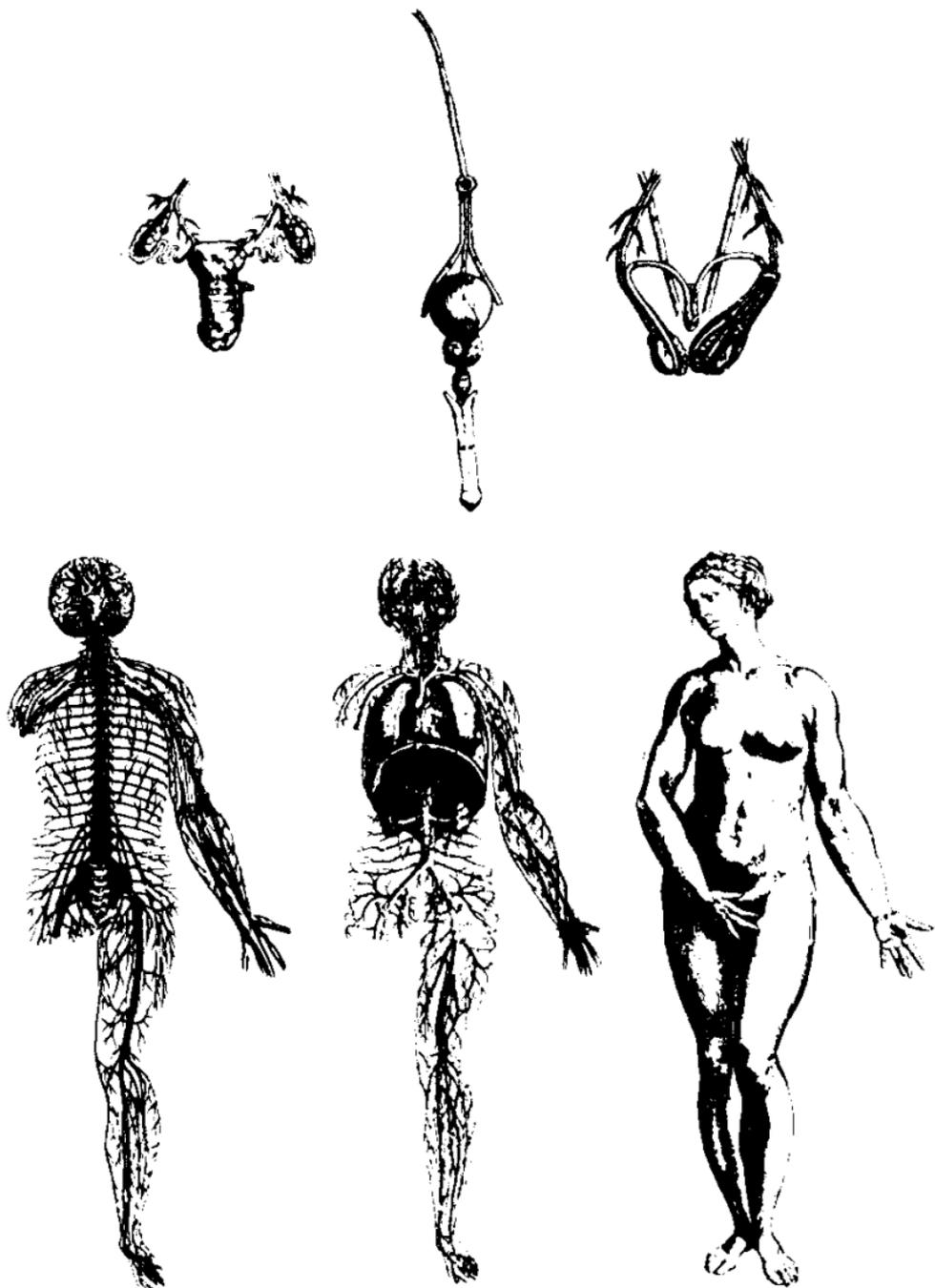


Fig. 19. Fila superior (19a): la estructura con forma de pene mas pequeña es el "útero con los testículos y los vasos seminales"; la mas grande son los genitales masculinos, a los que el estudiante debe adosar los testículos correspondientes. Había entonces que pegar los órganos masculinos y femeninos sobre la figura 19b, que a su vez se integraba en la 19c y luego en la 19d, un desnudo femenino clásico.
De Vesalio, *Epitome*

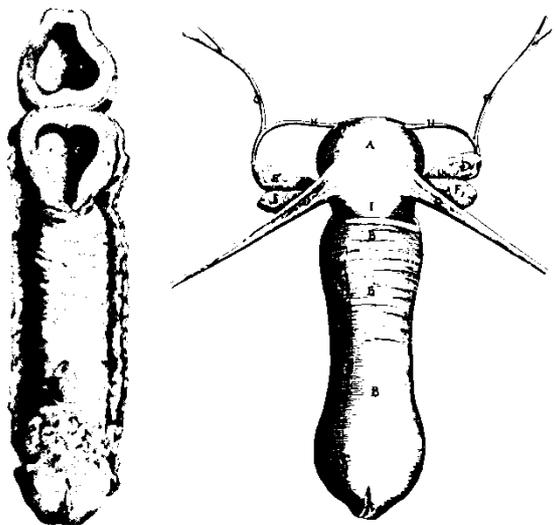


Fig. 20 (izquierda).
Vagina representada
como pene, de
Vesalio, *Fabrica*.
Fig. 21 (derecha).
Vagina y útero, de
Vidus Vidius, *De
anatomie corporis
humani* (1611)

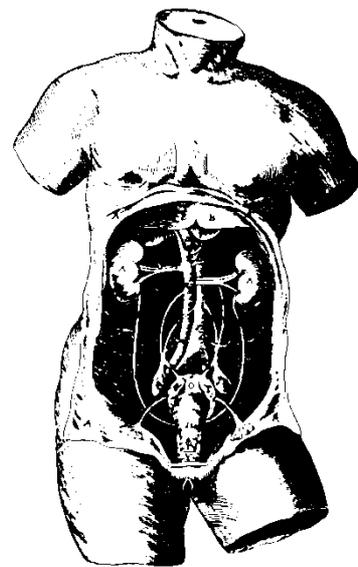


Fig. 22. Torsio femenino en forma de estatua clásica rota del
que se extrajo la vagina en forma de pene de la figura 21,
de acuerdo con las convenciones artísticas y científicas
de la época

Los órganos de las mujeres se representan como versiones de los del hombre en las tres obras de Vesalio, de gran influencia y ampliamente plagiadas. Entre las imágenes fundadoras de la anatomía moderna hay un registro nuevo y poderoso para el viejo orden de los cuerpos. Su imagen más repetida de la vagina como pene, y también la más explícita, es una de las ilustraciones de la *Tabulae sex*, una serie de grabados baratos hechos con planchas de escasa tirada, destinadas a estudiantes de medicina y al consumo de profanos. En el *Epitome* se incluyen grabados de los órganos de la reproducción masculinos y femeninos casi indistinguibles, preparados para que los estudiantes los recorten y peguen sobre figuras facilitadas con este fin (fig. 19)⁴². Pero la figura más

llamativa visualmente de Vesalio sobre este tema se encuentra en la propia *Fabrica*. En ella (fig. 20) el útero, la vagina y las partes pudendas exteriores de una joven no aparecen específicamente desplegadas, como en las *Tabulae* o en el *Epitome*, para demostrar que dichas estructuras son isomórficas con las del varón: precisamente *se ven como* tales.

Subrayo “se ven como” porque esas imágenes, y muchas más semejantes a ellas, no son el simple resultado de convenciones para la representación ni fruto del error. Toda una visión del mundo hace que la vagina parezca un pene para los observadores renacentistas. Por supuesto que opera una convención en la representación, un esquema; los ilustradores anatómicos renacentistas aprendieron a dibujar los genitales femeninos de otros grabados y no sólo del natural (véase figuras 21-24). Pero esto no significa que las preocupaciones

⁴² En el primer ejemplo, explica Vesalio, los genitales masculinos y femeninos deben adherirse a una “figura que hemos dibujado para que sirva ante todo como base para todas las demás..., la figura representa una mujer desnuda”. El desnudo de la figura 19c, que muestra los vasos sanguíneos, es, como si dijéramos, el interior de una mujer clásica, casta y desnuda (fig. 19d), incluida en un capítulo especial dedicado a la terminología de la anatomía de superficie.



Fig. 23. Esta modificación de Vesalio que figura en una edición de Valverde de 1586 observa las mismas convenciones que ilustran las figuras 21-22. A la izquierda, una estructura que parece totalmente un pene; a la derecha, las formas femeninas clásicas de las que fue tomada

estilísticas les impidieran ver la anatomía genital “como realmente es”, o como los modernos la ven⁴³.

⁴³ Pese al argumento que Gombrich expone en *Art and Illusion*, según el cual todo arte se origina en la mente humana y las convenciones estilísticas determinan el modo de representación, el autor permanece comprometido, como subraya Svetlana Alpers, con la idea de que es posible una representación perfecta y que ciertos planteamientos son preferibles a otros para transmitir la verdad a las imágenes. Véase Alpers, “Interpretation without Representation, or the Viewing of *Las Meninas*”, *Representations*, 1 (febrero 1983), 31-42. Sin discutir esos puntos en general, deseo simplemente afirmar que las convenciones inflexibles no son la causa de la forma peculiar de ver que esas figuras sugieren.

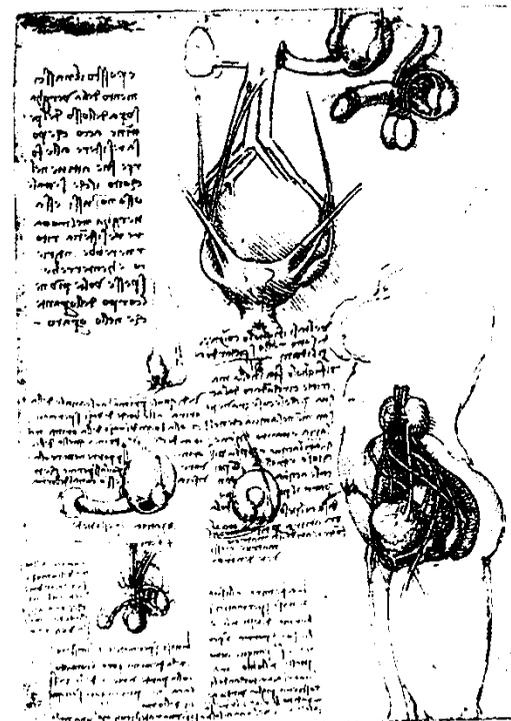


Fig. 24. La versión de Leonardo del isomorfismo entre matriz y escroto —parte superior derecha e inferior izquierda— es peculiar en tanto que hace que el vaso deferente masculino se curve para remedar la forma del útero. La imagen del pene/vagina es más convencional

La extraña calidad de las imágenes en las figuras 15-24 tampoco es resultado de los esfuerzos de alguien para lograr que el cuerpo femenino se conformara con algún texto erróneo o para distorsionar los genitales de las mujeres de forma que se convirtieran en una caricatura de los del hombre. Por

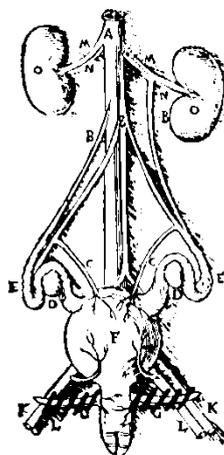
tations, 1 (febrero 1983), 31-42. Sin discutir esos puntos en general, deseo simplemente afirmar que las convenciones inflexibles no son la causa de la forma peculiar de ver que esas figuras sugieren.

ejemplo, el dibujante que realizó la figura 21 no es culpable de haber sustituido de forma subrepticia la anatomía animal por la humana, como Vesalio acusa tímidamente que hace Galeno en el famoso grabado en madera que en la *Fabrica* yuxtapone parte del cráneo de un perro con el de un hombre (fig. 25). También es inocente de lo que el propio Vesalio hizo en aquella ocasión: “ver” algo que no existe porque una autoridad declara que está presente⁴⁴. En este tipo de ilustraciones renacentistas de genitales femeninos hay grandes errores, pero son irrelevantes para los fines retóricos de las ilustraciones. De hecho, si hubieran sido más exactas, habrían tenido todavía mayor impacto. Si, por ejemplo, en las figuras 16-17 se borrarán los “cotiledones” inexistentes —los puntos que representan la anastomosis de las venas del útero—, la sugerencia de las dos cámaras eliminadas y una vagina correctamente proporcionada al útero, harían que los órganos se parecieran mucho más todavía a un escroto femenino y a un pene. La eliminación de los “cuernos del útero” (GG) en la representación de los órganos reproductores femeninos (fig. 26) debida a John Dryander, o en otras ilustraciones renacentistas (figs. 32-33, por ejemplo), lograría que el útero y la vagina se parecieran más, y no menos, a la vejiga y al pene; y si en beneficio de la precisión se volviera a dibujar la arteria ovárica y la vena EE en la figura 26 de forma que se parecieran menos al epidídimo, II en la figura 27, el efecto general sería el mismo en el peor de los casos⁴⁵.

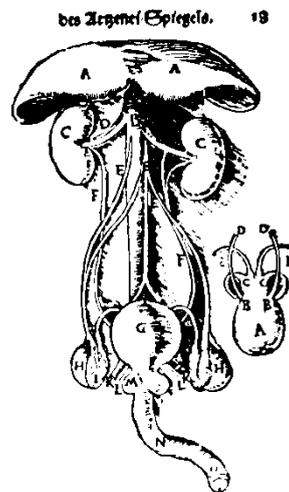
⁴⁴ El ejemplo clásico es la insistencia de Vesalio en que hay una red de vasos sanguíneos en la base del cerebro humano, la *rete mirabile*, cuando realmente esa estructura no existe en humanos. Ver algo sobre la base de una autoridad es frecuente en la historia de la anatomía y en los laboratorios de anatomía modernos.

⁴⁵ John Dryander fue profesor de medicina y matemáticas en la nueva universidad protestante de Marburg. Tomo las ilustraciones y texto de su *Der Gantzen Artzeney Spiegel*, Francfort, 1542, págs. 17-19, obra que según se dice en un largo título estaba destinada a médicos, cirujanos barberos y otras personas que necesitaban saber sobre el cuerpo. Buena parte del texto está tomada de Mondino y muchas de las ilustraciones de Vesalio. Su nomenclatura viene directamente del latín: *testes* (literalmente tes-

Fig. 25. “Hemos colocado”, dice Vesalio en esta polémica ilustración de la *Fabrica*, “el cráneo de un perro bajo el del hombre para que cualquiera pueda comprender sin la menor dificultad la descripción de Galeno de los huesos de la mandíbula superior”



Dieß Figur zeigt an der menschlichen Gestalt eine weibliche sampe den gebure gebären gefäß des samens und andern bericht. A. Bedeck die großblader / daher alle andere gebirer narung haben. B. Ist die weißer samaden. C. C. Aber so die beimbeter begriffen / daher die fruchte auch narung bekome. D. D. Sind weib o teuglin. E. Da mit werden die weib o teuglin umgeben / seind ein theil sampe und ein theil der beimbeter. F. Die beimbeter gleich der blasen gestalt. G. Die gestalt der beimbeter / daran sie den ruten und arbeits angeheft. H. Das innerlich mundloch der beimbeter. J. Das cuffel der beimbeter / die schar. K. L. Stämm oder ist der blader der schar. M. N. Ganggang von den Tieren. O. Sebe Tieren.



Das neben klein figurlin: ist die blase / mit sampe der baren und jame abern.

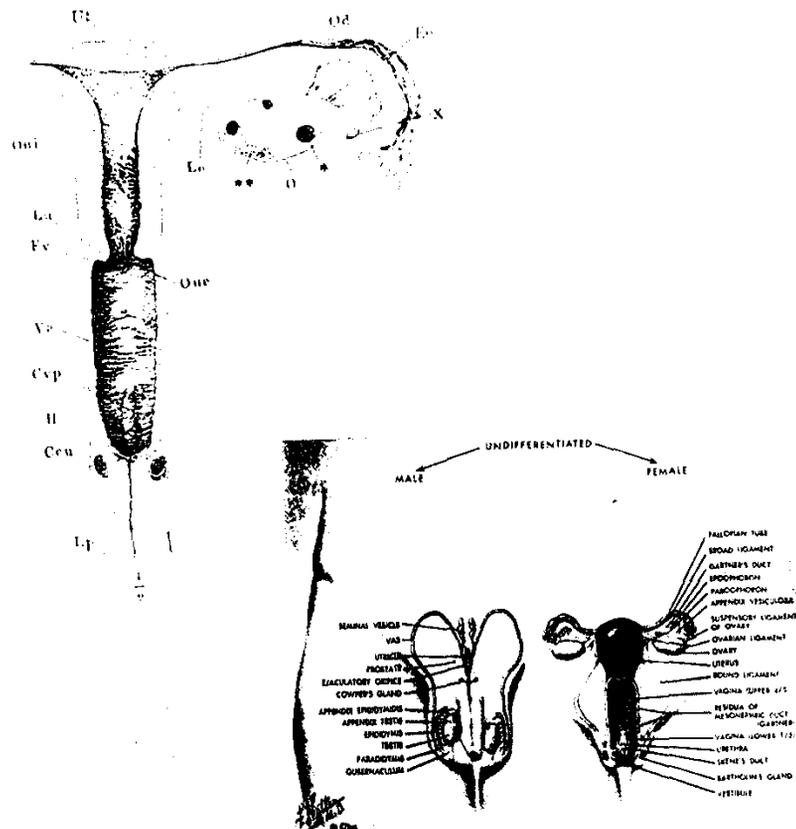
Figs. 26-27. Los sistemas reproductivos masculino y femenino adaptados a partir del *Epitome* de Vesalio, en la obra de Johan Dryander, *Der Gantzen Artzeney Spiegel* (1542). En la figura 26 he sombreado los inexistentes cuernos del útero para demostrar que un dibujo más exacto sería también más convincente como ilustración del isomorfismo pene/vagina. El alargamiento de la vagina hasta alcanzar una proporción correcta en relación con el útero lograría el mismo efecto

Por muy grotesco o monstruoso que a algunos comentaristas modernos pudiera parecer el grabado en madera de los genitales femeninos que figuraba en la *Fabrica*, no es increíble ni “falso”. Sus proporciones son más o menos las de los grabados “exactos” del siglo XIX (fig. 28) o de las ilustraciones de un texto moderno (fig. 29), aunque éstas desde luego no estén destinadas a ilustrar el isomorfismo entre los órganos masculinos y femeninos⁴⁶.

Los descubrimientos posteriores llamados a introducir cambios en las leyendas de las ilustraciones son también de importancia menor en la historia del “ver como”. Los *Zeuglin*, o testículos, y *Samadern*, vesículas seminales, no existían en hombres y en mujeres, como afirmaban los rótulos de Dryander; la histología del siglo XIX mostraría que no se desprende nada interesante de la observación de que el útero,

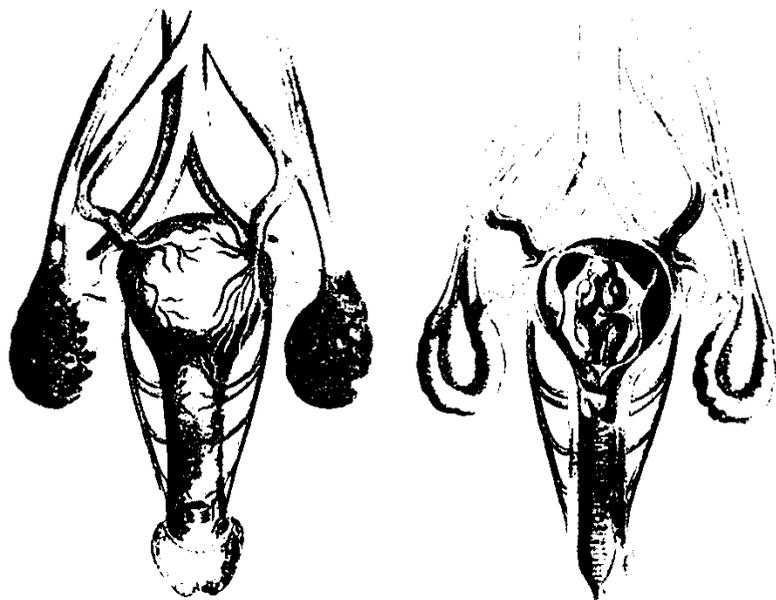
tigos), en alemán se convierte en *Zeuglin*, de *Zeuge* o *Zeugin* (testigo). La otra palabra utilizada en los textos renacentistas alemanes para testículos y ovarios es *Hode*. Nótese también la imagen de ovarios y testículos como productores. *Zeug* significa en alemán material y *erzeugen* es producir. Dryander traduce el latín *puenda*, que deriva de términos para vergüenza o desgracia, al alemán *Scham* y lo usa para referirse solamente a los genitales externos femeninos. Pero en latín *puenda* se utilizaba para referirse a “partes privadas”, órganos genitales de ambos sexos (véase Adams, *Latin Sexual Vocabulary*, pág. 55). En otros textos alemanes *Scham* se refiere a los órganos externos masculinos y femeninos. Véase, por ejemplo, *Wirsung, Neues Artzney*, pág. 260, que considera la aparición anormalmente precoz de pelo en torno al *Scham* masculino, como indicación de exceso de calor y, por tanto, de infertilidad. Para *Hode* y *Zeugin*, véase Wilhelm Grimm, *Deutsches Wörterbuch*, Leipzig, S. Hirzes, 1965.

⁴⁶ Saunders y O'Malley, *Anatomical Drawings*, pág. 170, señalan que algunos han tildado el dibujo de la lámina 20 de la *Fabrica* de “monstruoso” o resultado de un “capricho freudiano”, pero explican lo que toman como sus peculiaridades por las prisas con que Vesalio debió realizar la disección concreta de la que procedía. Charles Joseph Singer, *A Short History of Anatomy from the Greeks to Harvey*, Nueva York, Dover, 1957, págs. 119-120, atribuye sus peculiaridades y muchos “errores” de Vesalio en anatomía femenina al hecho de que sólo tuvo oportunidad de hacer la disección a siete mujeres. Como ya he justificado, la imagen de Vesalio no se debe a tales circunstancias, ni tampoco se salen de lo ordinario en ningún sentido.



Figs. 28-29. A la izquierda, sección frontal de útero, vagina y genitales externos según Jakob Henle, *Handbuch der systematischen Anatomie des Menschen*, vol. 2 (1866). Abajo, dibujos del pene y de un corte de los genitales femeninos en Frank Netter, *CIBA Collection of Medical Illustrations*, vol. 2 (1954), destinados a mostrar cómo unas estructuras embriológicas indiferenciadas acaban por ser masculinas o femeninas. Ambas ilustraciones muestran que las relaciones geométricas entre pene y vagina en los grabados renacentistas no son intrínsecamente inverosímiles

señalado como F en la figura 26, tenga la misma forma que la vejiga masculina, G en la figura 27. Pero esos progresos pierden importancia ante otros hechos que los anatomistas del Renacimiento conocieron y no utilizaron para desacreditar la convención global de las representaciones que veían la anatomía general femenina como versión interior de la masculina. El útero sustenta a los niños, pero el escroto no lo hace; los bebés llegan a través de la vagina y no del pene. ¿Y entonces qué? El órgano de la figura 30, por ejemplo, podría ser la vagina de una mujer o el pene de un hombre. La figura 31 disipa las dudas. Se trata de una vagina, ahora ya lo sabemos, porque lo que podría haber sido un escroto o un útero de hecho contiene un niño. En la popular obra de Walther Ryff, ampliamente traducida, produce el mismo efecto la matriz con su extensión en forma de pene, porque se hace extrañamente transparente para permitir que los lectores vean dentro



Figs. 30-31. A la izquierda, los órganos femeninos de la generación en forma de pene, según Georg Bartisch, *Kunstbuche* (1575). A la derecha, un corte frontal del útero revela su contenido

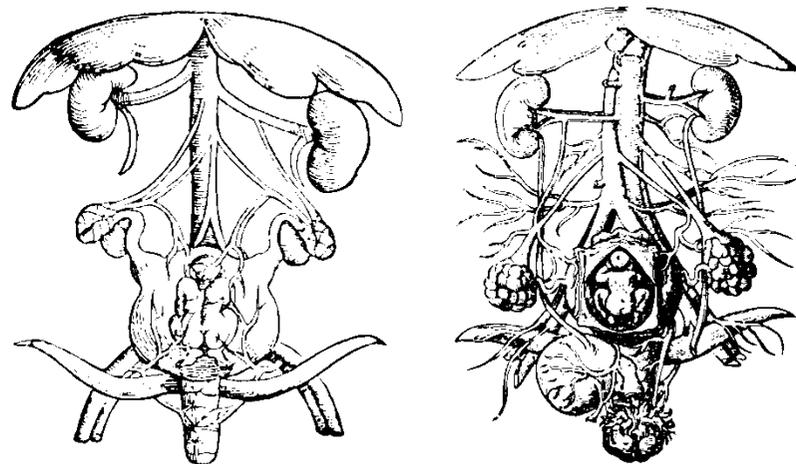


Fig. 32 (izqda.). Los órganos genésicos femeninos según Walther Ryff. *Anathomia* (1541). En esta ilustración y en la siguiente se aprecia que la vagina y el útero se parecerían más al pene y al escroto si se eliminaran los cuernos y se dibujara la vagina en la proporción correcta, esto es, si fueran más exactas.

Fig. 33 (dcha.). Los órganos femeninos de la generación en Jacob Rueff. *Habammenbuch* (1583), publicada en inglés con el título de *The Expert Midwife* (1637); fue muy popular y ampliamente plagiada. Obsérvese a la izquierda que se ha cortado la uretra y que la vejiga se ha desplazado a la derecha de su posición natural, para que podamos mirar por la ventana de la matriz y ver el niño en su interior

un bebé completamente formado (fig. 32). Las figuras 33-34 ilustran una obra de obstetricia bien conocida y a través de una ventanilla recortada en el escroto femenino, o sea, en el útero, muestran un niño completamente formado que da la espalda a los intrusos y a la vagina peniana, a través de la cual pasará.

La historia de la representación de las diferencias anatómicas entre hombre y mujer resulta, por tanto, extraordinariamente independiente de la estructura real de esos órganos o de lo que se conocía sobre ellos. Era la ideología y no la precisión de las observaciones lo que determinaba cómo se veían y cuáles eran las diferencias que importaban.

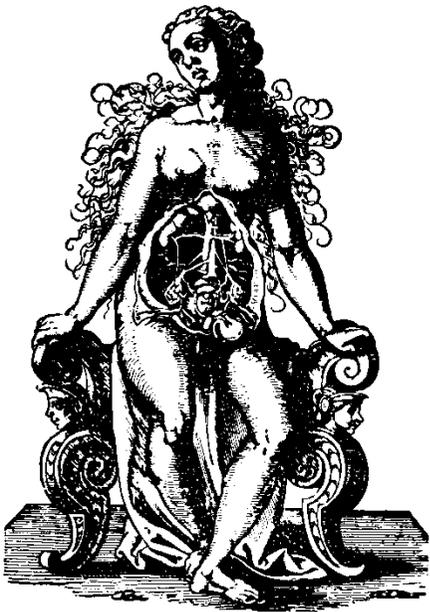


Fig. 34. El útero grávido con su vagina peniana de la fig. 33, *in situ*. La vejiga ha sido desplazada hacia la izquierda y el niño se muestra de perfil.

Ver la diferencia de modo diferente. El “sentido común” del Renacimiento y la observación crítica dirigida contra la visión de la mujer como un hombre al que se ha dado la vuelta hacia dentro, no lograron abrir brecha en el modelo unisexo. Para la imaginación moderna, por ejemplo, son más extraños los argumentos contra la vagina-pene que el propio hecho de que estuvieran asimilados. Al nivel más elemental, el fracaso aparente en encontrar equivalencias entre hombres y mujeres podía superarse por el mismo tipo de ilusiones que de ordinario permitían superar otros fenómenos en la ciencia normal. Excepto en tiempos de crisis revolucionaria, siempre hay una salida. Las mujeres pueden no tener escroto y en realidad sería muy dificultoso encontrar en ellas otras partes del hombre, y a la inversa. Pero esas dificultades, estima Charles Estienne, pueden resolverse en relación con la posición: “Estaréis de acuerdo en que esto es cierto: si giráis la matriz y la sacáis fuera del cuerpo (como dice Galeno), encontraréis los testículos en el exterior, por lo cual, la citada matriz vista

desde la parte externa es un escroto”⁴⁷. Si seguimos sus instrucciones podemos hallar o no lo que nos propone este anatomista, pero estas prácticas hubieran sido del todo irrelevantes en un mundo que hubiera creído en los dos sexos. Ninguna manipulación de las superficies podría convencernos de que viéramos la matriz como escroto, lo mismo que ningún topólogo podría hacernos considerar una taza de té como un toro geométrico, por exquisitos que fueran sus razonamientos, lo cual no concurría en el caso de Estienne.

A la inversa, desde una perspectiva moderna, las observaciones anatómicas realmente importantes que se aducían contra las viejas homologías parecían tan curiosamente periféricas, o incluso obstinadas, que solo servían para sembrar más dudas sobre la empresa global de indagar en los cuerpos signos transculturales de diferencia. El distinguido anatomista inglés Helkiah Crooke arremetía, por ejemplo, contra “cualquier similitud entre el fondo de la matriz invertida [el cervix], y el escroto o *cod* de un hombre”, sobre la base de que la piel del “fondo de la matriz es una membrana gruesa y firme, muy carnosa en el interior”, mientras que “el escroto es una piel rugosa y delgada”. (Esto es cierto, pero no muy decisivo, y no se encuentra entre las diferencias más discutidas que saltan a la mente entre el cervix y la bolsa que contiene los testículos.) La réplica de Crooke a la afirmación de que la vagina es realmente un pene es todavía más asombrosa. “Por mucho que se invierta el cuello de la matriz, nunca se conseguirá el miembro viril”, proclama. ¿Por qué? Porque “de un cuerpo con una cavidad no pueden obtenerse tres cuerpos

⁴⁷ Charles Estienne, *De dissectiones partium corporis humani* (París, 1545), 3.7, pág. 289. Estienne era vástago de una distinguida familia de impresores y fue anatomista de la corte de Francisco I. Esta obra apareció también en traducción francesa. De acuerdo con Singer, *A Short History*, pág. 102, Estienne disponía de abundantes materiales procedentes de sus disecciones y pretendía haber visto todo cuanto describe. La mayor dificultad anatómica en el experimento intelectual que propone y transcribo es que los testículos femeninos no están adheridos a las trompas de Falopio, que en las ilustraciones renacentistas se interpretan como arterias ovárico/testiculares y como canales deferentes de los testículos.

The Explication of the FIGURES.

All the Parts of the Yard are represented in this TABLE.

FIG. I.

- AA. The inner Surface of the Urethra, thro' being diffused.
- B. A Part of the Urethra, which makes its way over the Penis.
- CC. The Nerve of the Yard.
- DD. The two Nervous Bodies of the Yard.

FIG. II.

- A. The Membrane of the Nervous Body, separated.
- B. The blackish Part of the said Body.
- C. The Nerve of the Yard made bare.

FIG. III.

- AAA. The inner Part of the Nervous Body, of the spongy Substance being taken out of it.
- B. The Nerve, which goes over the said Body.
- CCC. The Artery of the said Body.
- DD. The transverse Partitions, by Spicules, or such.

FIG. IV.

- AAA. Vessels coming along the Back of the Yard.
- BB. Arteries.
- CC. The Nerves of the Yard.
- D. The Nerve of the Yard.

FIG. V. Shows the Muscles of the Yard in their places.

- AA. The Parts about the Burdock.
- B. The Region of the Bladder.
- C. The Yard, which is 3/4 of an Inch long.
- DD. The two Nervous Bodies.
- E. The Urethra or Pipe.
- FF. Two Muscles which widen the Pipe.
- GG. Two Muscles which widen the Yard.
- HH. Two Muscles cut off from the Pipe.
- I. The Fundament.
- J. The Spine of the Fundament.
- KK. Two Muscles which do run up the Pipe.

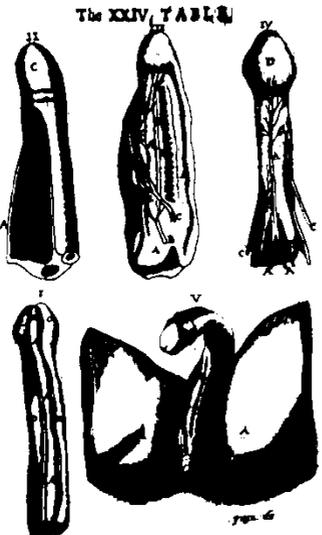


Fig. 35. Tabla 24 de Kaspar Bartholin, *Anatomy* (1668), que muestra “las partes de la verga”. El dibujo de la parte inferior izquierda representa el *corpus spongiosum*, a través del cual pasa la uretra. Arriba, a la izquierda, este paso permanece intacto, mientras que se ha cortado uno de los dos *corpora cavernosa*, los “cuerpos nerviosos” a los que se atribuía la erección: en total son tres los senos

huecos y la verga consta de tres cuerpos cavernosos”, mientras que por lo ya dicho “el cuello de la matriz no tiene más que una cavidad”. (Como muestran las figuras 35-36, Crooke es anatómicamente correcto, por muy extraño que su argumento pueda parecer a una sensibilidad moderna.) Además, “la cavidad de la verga de un hombre no es tan ancha y grande como la del cuello de la matriz”. En definitiva, el pene no es una vagina, bien porque contiene tres cavidades o bien porque no es lo bastante hueco⁴⁸.

Sin embargo, para otros el argumento de la cavernosidad resultaba favorable a la posición contraria, es decir, en apoyo

⁴⁸ Helkiah Crooke, *Microcosmographia: A Description of the Body of Man* (Londres, 1615), pág. 250. Crooke basa estos argumentos en la obra de Gaspard Bauhin y en Andreas Laurentius, de ascendencia judía, profesor de medicina en Montpellier y médico de Enrique IV.

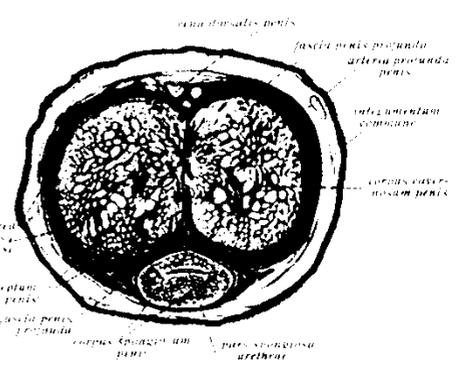


Fig. 36. Corte transversal del pene, según un atlas moderno, que muestra que tal como afirmaba Crooke, el pene contiene tres oquedades

al isomorfismo galénico, o en el peor de los casos, era irrelevante:

Lo que se aprecia a modo de abertura en la entrada de la vulva [vagina] en las mujeres, del mismo modo se hallará en el prepucio de las partes pudendas del hombre, como una especie de excrecencia en torno al orificio. La única diferencia entre ellos es que la cavidad es mucho mayor en la mujer que en el hombre⁴⁹.

Se observa aquí una sensibilidad radicalmente distinta de la de los médicos en el mundo de los dos sexos.

Incluso cuando el contexto cultural más general del modelo unisexo resultaba favorable para criticar el isomorfismo galénico, una tupida red de significados mantenía el ataque limitado a un área muy pequeña, manteniendo seguras las estructuras superiores. Bartholin, por ejemplo, comprendió perfectamente la política sexual galénica. “No debemos pensar”, decía, “con Galeno... y otros, que las partes genitales femeninas difieren de las del Hombre tan sólo en la Situación”, porque hacer eso sería caer víctimas de una trampa ideológica “tendida por quienes consideran que una Mujer es tan sólo un Hombre imperfecto”. Cuando estos autores hablaban de que

⁴⁹ Estienne, *De dissectione*, 3.7, pág. 289.

el “temperamento frío” de la mujer mantenía sus órganos genitales en el interior, no hacían sino encubrir sus prejuicios mediante el lenguaje científico. (Sería interesante conocer cómo y por qué Bartholin desarrolló una crítica tan política y tan astuta.) Pero dejando al margen la política, Bartholin criticaba a Galeno y a sus seguidores por no llevar sus planteamientos hasta el final. ¿El pene femenino era “el cuello de la matriz” o el clítoris? ¿Era la matriz el escroto femenino o formaba parte al menos de la versión en la mujer del “glánde de la verga”? Afirmaba también que los conductos espermáticos preparatorios diferían en número, origen y función en hombres y mujeres, y que el varón tenía próstata y la mujer carecía de ella⁵⁰. Por último, las ilustraciones remachaban el clavo. El clítoris se había convertido claramente en *el* pene femenino, mientras que matriz y vagina eran representadas de forma inequívocamente diferente a un pene (fig. 37).

Pero a pesar de esas críticas bien desarrolladas y meticulosamente formuladas, Bartholin parecía incapaz de trascender las antiguas imágenes que formalmente rechazaba. El orificio, o boca interior de la matriz (el cervix), explicaba, funciona “como el agujero del glánde de la verga”, de forma que “nada dañino puede alcanzar el interior”. El “cuello de la matriz” —nótese el uso del término convencional para vagina—

⁵⁰ *Bartholinus' Anatomy*, págs. 62-63. Este libro fue publicado en Inglaterra, quizá por simpatía hacia las ideas igualitaristas de Bartholin, por Nicholas Culpepper y Abadiah Cole. Culpepper fue muy activo en la reforma política de la medicina durante la revolución inglesa; en sus propias obras, sin embargo, explicó las viejas relaciones entre órganos masculinos y femeninos. Sobre el importante papel de Culpepper en la edición de literatura vernácula en desafío a la institución médica, véase Charles Webster, *The Great Instauration: Science, Medicine and Reform, 1626-1660*, Londres, Holmes and Meier, 1975, págs. 268-271. La próstata fue descrita en detalle en fecha tan temprana como 1536 por el veneciano Niccolo Massa. Sus secreciones se emplean en la actualidad para reclamar la similitud esencial de la sexualidad masculina y femenina, debido a que comparten propiedades histoquímicas con las secreciones de las glándulas de Bartholin.

The FIGURES Explained, The XXVIII TABLE

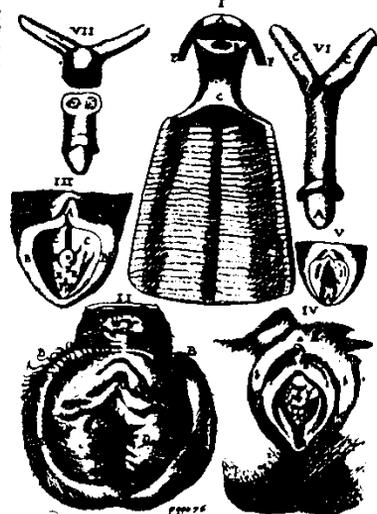
This TABLE comprehends the fibreath of the Womb, the Body of the Clitoris, and the external Female Privity, both in Virgins, and (such as are deflowered).

- FIG. I.
 AA. The Bottom of the Womb in its natural Situation.
 BB. The Cervix of the Uterus.
 C. The Neck of the Womb.
 D. The Mouth of the Neck in a woman who has been deflowered.
 EE. The upper side of the Neck open.
 FF. The round Ligaments of the Womb cut off.

- FIG. II.
 A. The Nipple or Clitoris in its natural proper Situation.
 BB. The Head of the Prepuce.
 C. The Infertile part of the Bladder near the Prepuce.
 DD. The Prepuce.
 EE. The opening of the Prepuce.
 FF. The Neck of the Womb cut off.

- FIG. III.
 A. The Body of the Clitoris justing up into the Skin.
 BB. The outer Lips of the Prepuce separated one from another.
 CC. The Membranes, and the Nipples themselves exposed.
 D. The Caruncle placed about the Cruminate (a) Two fifth Nipples (b) & Prepuce.
 FF. Muscular Fibres in the Membrane of the Clink.

- FIG. IV. Perineal Purity of a Girl.
 a. The Clitoris.
 b. The Uterine Ovary.
 c. The Vagina or Birth.
 d. The Outer side of the Neck of the Prepuce.
 e. The Inner side of the Caruncle.
 f. The upper Caruncle which is divided into two, and forms the Passage of the Prepuce.
 g. The Neck of the Womb in Virgins-skin.
 h. The lower Caruncle.
 i. The Foramen.



- FIG. V. Letter A. Shows the Membrane drawn across the Prepuce, which some have taken to be the Membr. of Virgins-skin.
 FIG. VI. Shows the Clitoris separated from the Prepuce.
 A. The top of the Clitoris (cutting the Part of a Man's Yard).
 B. The Foramen itself.
 C. The two Lips of the Caruncle cut off from the prepuce, and in a new Position.
 FIG. VII. The Clitoris cut almost intirely, its internal fleshy Substance is apparent.

Fig. 37. Tabla 28 de la *Anatomy* de Bartholin, en la que la vagina (I) se muestra con la pared abierta y retirada para subrayar su oscuridad interior. Las *pudenda* externas ya no están representadas para que se asemejen al prepucio del pene, y el clítoris (VI y VII) se ha convertido abiertamente en el pene femenino. Venette se apropió de estas imágenes y las reprodujo en su *Art of Conjugal Love* y sus numerosas traducciones

“se hace más largo o más corto, más ancho o estrecho, o se infla de modos diversos de acuerdo con el apetito sexual de la mujer”. Su sustancia “es una carne prieta y nervuda, algo esponjosa, como la de la verga”. En otras palabras, en su imaginación la vagina vuelve a convertirse en pene. Pero también el clítoris, como la vagina, se asemejaba al pene. Es “la verga o cola femenina”, porque “se parece a la verga del hombre en posición, sustancia, composición, contenido en espíritus

y en la erección” y porque “tiene algo que le asemeja al glande y al prepucio de la verga de un hombre”⁵¹. Es evidente que Bartholin era prisionero de una forma de mirar y de ver que le mantenía ligado a las imágenes del sexo único. De hecho, cuanto más miraba, más confusas se le hacían las imágenes, con el problema de ubicar no uno, sino dos penes.

Además, no escapaba a los observadores del Renacimiento que las inversiones topológicas de Galeno conducían a resultados absurdos. Una vez más, nada sucedió. El modelo unisexo absorbió una nueva categoría de análogos. Por ejemplo, Jacques Duval, eminente médico del siglo XVII, interpretó con bastante precisión el experimento teórico de Galeno y concluyó que “si imaginamos la vulva completamente vuelta hacia el exterior... tendremos ante nosotros como una botella de boca ancha colgando de una mujer, una botella en la que sería la boca y no la base la que mantendría contacto con el cuerpo”⁵².

Esta botella, por tanto, “carecería de semejanza con lo que habíamos imaginado”. Para algunos, sin embargo, una botella con apariencia de vagina y matriz colgando por su boca se parecería a un pene o un escroto lo suficiente como para servir de base a una metáfora descriptiva. William Harvey, descubridor de la circulación de la sangre, describía un útero en prolapsos como “tan grueso y rugoso que tomaría la apariencia del escroto”; cuelga, dice unos párrafos después, “como el escroto de un toro”⁵³.

Cuando Rabelais describe la forma en que iba vestido

⁵¹ *Bartholinus' Anatomy*, págs. 71-72.

⁵² Jacques Duval, *Traité des hermaphrodites*. Ruán. 1612; reimpresso en París. 1880. págs. 342-349. Entiende por *vulva* lo que nosotros llamamos vulva, vagina y cervix, incluidos *corpus* y *fundus* del útero. Ésta es una reminiscencia del uso clásico de *vulva* para significar lo que llamamos útero, con sus partes exteriores, tal como en Celso, *De medicina*, trad. W. G. Spencer. Londres. Heineman, 1935. 4.1.12, págs. 14-15. Me confunde la referencia de Duval a Aristóteles en lugar de a Galeno como autor del ejercicio de inversión.

⁵³ William Harvey. “On parturition”, en *The Works of William Harvey*, Londres, 1847, págs. 537-538.

Gargantúa también difumina la distinción entre la matriz o, como en los versos de George Gascoigne citados más adelante, un niño en pañales, por una parte, y por otra, la braguita, que cobija al pene y el escroto⁵⁴. En realidad se dice que las esmeraldas del tamaño de naranjas que adornan la braguita de Gargantúa son apropiadas porque “esta fruta tiene virtudes erectivas”. Más tarde, la braguita se compara con un cuerno de la abundancia finamente bordado y enjorado, como el que Rhea dió a las ninfas que alimentaron a Júpiter. Al tiempo que promete más detalles sobre *la dignidad de las braguetas* en su próximo libro, dice el narrador que “siempre es valiente, succulento y húmedo, siempre florece y fructifica, lleno de humores, flores y frutos, repleto de toda suerte de delicias”⁵⁵. La braguita parece haberse transformado, en resumen, en la matriz, lo cual no es tan extraño habida cuenta de la antigua noción del útero como vientre y el tardío sentido medieval de la bolsa como vientre o saco. (En *Los cuentos de Canterbury*, de Chaucer, Pardoner, el vendedor de indulgencias, proclama: “¡Oh matriz! ¡Oh vientre! ¡Oh maloliente bolsa!”)

Además, la matriz que parecía a Duval una botella colgando por el cuello, lo que la descalificaba como pene invertido, es la forma precisa de la braguita, signo fálico notorio en la ropa cuyas representaciones visuales al propio tiempo distan mucho de tener dicho carácter (figs. 38-39). Como la botella de Duval, la braguita tendía a ser más ancha en el extremo que en la base, redondeada antes que aguda, y decorada con galones. En el retrato de un joven aristócrata desconocido (fig. 40) subsiste la ambigüedad de si la flor de compromiso que sostiene alude al poder genésico que se espera

⁵⁴ El *cod* era literalmente el escroto, de modo que el *codpiece* (también braguita) sería la bolsa que contiene los testículos. *Codpiece* podría ser también un apéndice del atavío femenino que se llevaba en el pecho.

⁵⁵ François Rabelais, *La vie très horrible du grand Gargantua, père de Pantagruel*, París. Gallimard, 1955; [versión castellana de Teresa Suero y José M. Claramunda, *Gargantúa y Pantagruel*, Barcelona. Plaza & Janés. 1989]. Véase *Oxford English Dictionary* para “cod”.

de su pene o a la estructura uterina del acolchado⁵⁶. En verdad, la bragüeta parece guardar un notable parecido no sólo con un útero en prolapso sino con un bebé con sus pañales.

Y de este modo se cierra el círculo iniciado en Galeno, con la matriz como pene nonato y con el tropo renacentista del órgano masculino como un niño. Ésta es “La canción de cuna de un amante”, de Gascoigne:

Con esta canción de cuna, mi buen amigo,
Descansa, pajarillo mío...
Con esta canción de cuna abandónate al reposo,
Con esta canción de cuna engaña a tus sueños,
Y cuando te levantes con el ojo despierto,
Recuerda esta canción de cuna⁵⁷.

El argumento de Duval se vuelve así sobre sí mismo y de un modo curioso apoya aquello contra lo que se dirigía. Aprender la oposición entre los órganos antes del siglo XVIII era mucho más difícil de lo que más tarde podría parecer.

El lenguaje de la diferencia y de la identidad. Deseo pasar ahora de las imágenes a las palabras. La ausencia de una nomenclatura anatómica precisa para los genitales femeninos y para el sistema reproductor en general es el equivalente lingüístico a la propensión a *ver* el cuerpo femenino como una versión del masculino. Ambos aspectos atestiguan no la ceguera, falta de atención o confusión de los anatomistas del Renacimiento, sino la ausencia de la necesidad de crear categorías biológicas inconmensurables del hombre y la mujer a través de imágenes o palabras. El lenguaje obligaba a la visión de los opuestos y mantenía el cuerpo masculino como forma canónica humana. A la inversa, el hecho de que se con-

⁵⁶ El clavel era “generalmente reconocido en la pintura del norte de Europa en los siglos XV y XVI como prueba de esponsales”. Metropolitan Museum of Art Exhibition Catalogue, *Liechtenstein: The Princely Collections*, Nueva York, 1985, pág. 239.

⁵⁷ Agradezco a Paul Alpers el poema de Gascoigne.



Figs. 38-39. Jacobo Pontorno, *Albadiere* (1529-30). En estas reproducciones (ampliación de la derecha), la bragüeta se parece mucho a la botella de Jacques Duval



Fig. 40. Detalle del *Retrato de un joven ante un amplio paisaje*, anónimo alemán pintado en torno a 1530, en el que la bragüeta es una especie de paquete para el pene. El muchacho sostiene la flor en la mano derecha; en el cuadro, la flor propiamente dicha está a la derecha de su miembro

siderara un sexo único hacía que las palabras para las partes femeninas se refirieran en último extremo a los órganos masculinos. En cierto sentido, no existía una anatomía femenina de la reproducción y de aquí que los términos modernos que se refieren a ella —vagina, útero, vulva, labios, trompas de Falopio, clítoris— carezcan de equivalentes renacentistas. (En mi opinión, la anatomía, en mayor medida que la física, constituye el caso paradigmático de la tesis de Thomas Kuhn, según la cual sólo se puede producir el tránsito de una teoría a otra mediante el caos de una revolución.)

En la mayor parte de los idiomas siempre ha habido, desde luego, una amplia elaboración metafórica de los términos que designan órganos o funciones atrevidos o vergonzosos. (Cuando los adolescentes actuales hablan de “getting a piece of ass” no se refieren al ano.) Hasta finales del siglo XVII, sin embargo, a menudo es imposible determinar en los textos médicos a qué parte de la anatomía reproductora femenina se aplica un término concreto⁵⁸.

“Poco importa”, dice Colombo, quizá con más perspicacia que conocimiento de causa, “si lo llamáis matriz, útero o vulva”⁵⁹. Y tampoco parece importar dónde acaba una parte y comienza otra. No le interesa distinguir el verdadero cervix —la “boca de la matriz (*os matricis*)”, que desde el exterior “ofrece a vuestros ojos... la imagen de una tenca o de un perro

⁵⁸ No he estudiado a fondo la nomenclatura para la anatomía reproductora masculina y no conozco ningún estudio general sobre el tema. Existen muchas palabras diferentes para pene, testículo o escroto, pero según mi interpretación los referentes a esos términos carecen de ambigüedad. Quizá sea éste el correlato lingüístico del “telos” en general: el cuerpo masculino es estable, mientras el femenino es más abierto y lábil.

⁵⁹ Colombo, *Anatomica*, pág. 143. No se practican tales excursos metafóricos en cuanto a los órganos masculinos. *Bartholinus' Anatomy*, página 65 (cap. 28, “De la matriz en general”), dedica un párrafo a explicar que para Plinio *vulva* significa concretamente la matriz de la cerda, “plato delicado” para los romanos, pero que en otros autores, como Celso, se usa para designar la matriz de cualquier animal. Bartholin especula con que *vulva* sea una corrupción de *bulga*, que significa saco, pero se refiere también al “saco o mochila que cuelga del brazo de un hombre”.

que acaba de ver la luz”, que en el coito se “dilata con extremo placer”, y que “se abre en el momento en que la mujer emite su semilla”— de lo que llamaríamos la vagina, “esa parte en que el pene (*mentula*) se inserta, como si lo hiciera en una funda (*vagina*)”⁶⁰. (Nótese el empleo metafórico de “vagina”, la palabra latina habitual para vaina o funda, que de otro modo nunca se hubiera usado para el fin que hoy se aplica.) Pero no ofrece término alguno para “nuestra” vagina, describe los labios menores como “protuberancias (*processus*), que emergen del útero cerca de esa abertura que se llama la boca de la matriz”, y llama al clítoris, cuyas cualidades eréctil y erógena ensalza, “esa misma parte del útero” (*hanc eadem uteri partem*)⁶¹. La precisión que Colombo pretendía introducir al llamar al cervix la verdadera “boca de la matriz” se desvanece en tanto que la abertura vaginal se convierte en la boca de la matriz y el clítoris en una de sus partes. Simplemente no existe el lenguaje, o no hace falta que exista, para distinguir los órganos masculinos de los femeninos. Se aprecia este mismo tipo de tensión en otros anatomistas. Falopio está ansioso por diferenciar el cervix propiamente dicho de la vagina, pero carece de un nombre más específico que “las partes pudendas femeninas”, partes de una “cavidad” (*sinus*) general. Las trompas de Falopio, tal como él las describe, no son los conductos que llevan los huevos desde los ovarios hasta la matriz, sino protuberancias gemelas de tendones (*nervei*) que penetran en el peritoneo, son huecas y carecen de abertura hacia el útero. Falopio permaneció vinculado al sistema centrado en el hombre y a pesar de su retórica revolucionaria asumió el tó-

⁶⁰ Colombo, *Anatomica*, pág. 445. En la Antigüedad, *mentula* fue una palabra obscena para pene (Adams, *Latin Sexual Vocabulary*, pág. 9), pero se convirtió en término habitual en el Renacimiento. *Vagina* no se usaba en latín en su sentido moderno, sino que se refería a un tubo o vaina, normalmente la de la espada. Parece haberse usado en tono cómico para “ano” (Adams, págs. 20, 115).

⁶¹ Colombo, *Anatomica*, págs. 447-448. Colombo, como otros anatomistas del Renacimiento, se refiere a los ovarios como testículos ligeramente más grandes y firmes que los del hombre, instalados en el interior en vez de colgantes.

pico de que “todas las partes que están en los hombres se encuentran presentes en las mujeres”⁶². Y si no lo estuvieran podría suceder que las mujeres no fueran humanas.

Gaspard Bauhin (1560-1624), profesor de anatomía y botánica en Basilea, también intentó clarificar la nomenclatura, pero tampoco le sonrió el éxito. La tentación de ver todos los órganos genitales en relación con el hombre estaba demasiado arraigada en el lenguaje. “Todo lo que atañe a los órganos genitales femeninos está comprendido en el término ‘de naturaleza’ (*physeos*)”, manifiesta, para informar después a sus lectores de que algunos escritores antiguos también llamaban *physeos* a los genitales masculinos. Entre las palabras que designan los labios, cita el griego *mutocheila*, que significa hocico, con sus conexiones fálicas, o traducido de modo más explícito, “los labios del pene”⁶³. Encaja esto a su vez con la habitual confusión de los labios con el prepucio, que se remonta al menos al autor árabe del siglo X que afirma que el interior de la vagina —curiosa descripción— “posee prolongaciones de piel a las que se llama labios”, que son “el análogo del prepucio en los hombres y cuya función es proteger la matriz del aire frío”⁶⁴. Según Mondino, los labios guardan

el “cuello de la matriz” del mismo modo que “la piel del prepucio protege el pene”, por lo que “Haly Abbas les llamó *praputia matricis* [¿prepucio del útero, de la vagina?]]”⁶⁵. Berengario hace simplemente uso de la palabra *nymphae* para referirse tanto al prepucio de la verga como al de la vagina, o dicho de otro modo, a los labios menores⁶⁶. (Cuando aparece un nuevo pene femenino, los labios se convierten también en su prepucio. De este modo, John Pechy, popular autor inglés durante la Restauración, describe “la rugosa producción membranosa que envuelve el clítoris [no la vagina] como un prepucio”)⁶⁷.

Gran parte de la controversia sobre quién descubrió el clítoris procede sin duda de la imprecisión de los límites metafóricos y lingüísticos, consecuencia de un modelo de la diferencia sexual en el que no interesaban los nombres inequívocos para los genitales femeninos. Ofreceré aquí un solo ejemplo. Cuando en 1548, antes de que Colombo publicara, Thomas Vicary explicaba que la vulva “presentaba en su parte media un panículo muscular, llamado en latín *Tentigo*”, da la impresión de que la referencia carece de ambigüedad. Además, en el inglés de principios del siglo XVII *tentigo* significa “tensión o deseo carnal, ataque de priapismo, erección”. No caben muchas dudas de que la estructura en cuestión es el pene femenino, el clítoris. Pero cuando Vicary se refiere a las funciones de esta parte, sus “dos utilidades”, parece referirse

⁶² Falopio, *Observationes*, págs. 193, 195-196. Basa la distinción en lo que toma por el uso de Sorano y Galeno, dice, quienes se refieren a la vagina como un *kolpos* femenino, distinguiéndola de la verdadera cervix. Realmente no son tan consistentes. Singer, *A Short History*, pág. 143, afirma que Falopio fue el primero en usar el término *vagina* en el sentido moderno, pero yo no he encontrado ese uso. Falopio no ofrece justificación teórica a la función de sus “trompas”, pero observa que no alcanzan los ovarios, los cuales a su vez no producen semen.

⁶³ Gaspard Bauhin, *Anatomes* (Basilea, 1591-92), 1.12, págs. 101-102. *Porcus* (cerdo) era al parecer una expresión romana de nodrizas para las partes pudendas femeninas de las chicas (Adams, p. 82). Quizá la alusión se deba a la semejanza observada entre la parte en cuestión y el extremo del hocico del cerdo.

⁶⁴ Jacquart y Thomasset, *Sexuality*, pág. 34, citando a al-Kunna al-Maliki. Al haber consultado la edición francesa de esta obra, no estoy en condiciones de afirmar cuál es la palabra árabe traducida como *clítoris*. Pero los autores ofrecen *labios* como traducción alternativa y en el contexto queda claro que el referente son los labios menores.

⁶⁵ *The Anatomy of Mundinus*, en Singer, ed., *Fascículo*, pág. 10 y n. 64. [Mondino fue publicado en España en el siglo XVI: Mondino dei Luzzi, *Mundinus de anathomia*, Salamanca, 1540.]

⁶⁶ Berengario, *Isagoge brevis*: “al final del cervix se aprecian unas pielecillas adosadas a los lados, que se llaman prepucios” (pág. 78); y al referirse al pene, “cierta piel suave rodea el glande; se le llama prepucio” (pág. 72). Josef Hyrtl, *Onomatologia Anatomica: Geschichte und Kritik der anatomischen Sprache der Gegenwart* (Viena, 1880), da “*nymphae*” como sinónimo de labios y prepucio; véase la entrada “*nymphae und myrtiformis*”.

⁶⁷ John Pechy, *The Complete Midwives Practice Enlarged*, Londres, 1698, 5.^a ed., pág. 49, y *A General Treatise of the Diseases of Maids, Bigbellied Women* (1696), pág. 60.

a un órgano completamente diferente. No hace mención del placer. "La primera [utilidad] es que por ahí brota la orina, sin que se extienda a toda la vulva: La segunda es que cuando una mujer abre los muslos, se altera el aire que entra en la matriz para atemperar el calor." El nombre que nos había llevado a esperar que se tratara del pene femenino, se convierte a fin de cuentas en una especie de vulgares solapas, en un prepucio femenino de doble uso⁶⁸. Resulta imposible saber qué quería decir Vicary, salvar el abismo que separa su mundo del nuestro.

Una tupida red de palabras, como la constelación de imágenes presentada en las secciones anteriores, hacía pensar en una teoría de la diferencia sexual y de este modo sostenía el modelo de sexo único frente a comprobaciones más generales. Tanto en los textos como en las imágenes había una especie de insistencia obsesiva, un movimiento constante en círculo que siempre volvía al hombre como norma. Un carácter casi defensivo sugiere que la política implícita del género podía haber originado la insistencia de los textos en que realmente y después de todo no existían los...